







VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESUS.

EJEMPLAR NÚM. 43

SANTA TERESA DE JESÚS



D. Maura, D.^o y C.^o

Madrid, 1832.

†
teresa de jesus:

LA VIDA
TERMINO DE JESUS

REPOSICION DE LAS MERCEDES

REPOSICION

REPOSICION DE LAS MERCEDES

REPOSICION DE LAS MERCEDES

REPOSICION DE LAS MERCEDES

REPOSICION DE LAS MERCEDES



MADRID.

REPOSICION A VENDICION DE M. TELLÓ,

REPOSICION DE LAS MERCEDES

REPOSICION DE LAS MERCEDES



© 1911

1911

teresa de jesus:

LA VIDA
DE LA SANTA MADRE
TERESA DE JESUS
Y
ALGUNAS DE LAS MERCEDES

QUE DIOS LE HIZO

ESCRITAS POR ELLA MISMA

POR MANDADO DE SU CONFESOR.

NUEVA EDICION

conforme al original autógrafo que se conserva en el Real
Monasterio de San Lorenzo del Escorial.



MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica 23.

1882.

LA JOLLA

INCORPORATED 1852

THE CITY OF LA JOLLA

OFFICIAL RECORDS

RECORDS OF THE CITY OF LA JOLLA

FROM 1852 TO 1899

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

PRINTED BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

LA JOLLA, CALIFORNIA

1900

BY THE CITY CLERK

PROLOGO.

Es Santa Teresa una de las mujeres cuyo nombre goza de más celebridad en el mundo, y ha llegado su fama hasta el punto de obtener ese privilegio, que tienen solamente los grandes personajes, los que, por sus virtudes, genio, saber ó proezas, figuran los primeros en la historia; el cual consiste en no necesitar de apelativo, calificación ni advertencia para ser conocido, sin que pueda confundirse con otro alguno. Hubo un Apóstol que llevó el nombre de Tomás; lo llevó también y honró con sus virtudes y fortaleza de mártir un Santo Arzobispo de Cantorbery, y con todo, al decir Santo Tomás, se entiende por antonomasia al que nació en Aquino. Así Santa Teresa ha llegado también á tener el privilegio de que, por antonomasia se le atribuya este nombre, que antes habian ilustrado preclaras Santas y augustas Princesas.

Tienen además los personajes, que tal

celebridad alcanzan, otro privilegio, cual es, que todas las personas de algun saber, aunque mediocre, con la mera enunciacion de su nombre, ó en su caso del apellido solo, sepan cuál fué su patria, cuál su linaje, cuáles los hechos más culminantes de su vida, cuáles los motivos principales de esa gloria y renombre que alcanzaron. Mas si, por casualidad, lo ignoran, en todo ó en parte, despiértase desde luego el deseo de saberlo, y subsanar esa falta, por no ignorar eso que saben muchos. De aquí el que se escriban sus vidas por personas sabias y discretas, y las lean los que no quieren pasar por ignorantes, ó por gente de erudicion escasa.

La suya escribió Santa Teresa, y no fué por cierto guiada su pluma por ese deseo de celebridad y gloria, que, si le grangearon sus altos hechos, y se lo otorgó permission divina, fué harto contra su voluntad y sus conatos, dirigidos más bien á vivir y morir á la sombra del claustro y en el olvido del mundo, iluminada solamente por las llamas del Amor divino; que, semejantes á las del oloroso cedro, cuando llegan á levantarse, purifican la atmósfera, disipan el frio templando el ambiente, y, al paso que ahuyentan las tinieblas, alumbran la estancia.

Mandóle la obediencia escribir los favores que de Dios recibia en el retiro escondido de su vida, no porque tuviera de que

recatarse ni ocultar por vergüenza, sino porque decia como todos los Santos; *mi secreto para mí*, esto es, para mí solo; pues tales favores, semejantes á finos aromas, al manifestarlos se evaporan. Pero ese secreto es un tesoro de amor, y Dios no quiere á veces que ese tesoro permanezca escondido, siquiera sea pura y santa la piadosa y ascética codicia que lo oculta, pues el siervo que escondió el talento único fué castigado justamente por su dueño. Sus defectos hubiera revelado Santa Teresa mejor que sus virtudes y los favores celestiales.

Lo que sucedió con este libro de su vida aconteció tambien con los otros de las fundaciones, *el Camino de Perfeccion* y *las Moradas*, pues los arrancaron á su pluma ó el mandato de sus directores, ó los cariñosos ruegos de sus hijas.

Si estudiamos el conjunto de estas obras y escritos de Santa Tesesa, encontramos en ellos como un pequeño remedo del conjunto del nuevo Testamento, lo cual, ni á ella le pasó por las mientes, ni apenas se ha observado por sus panegiristas.

Por lo que hace á la vida puede compararse en pequeño, y salvos los debidos respetos, al Evangelio de San Lúcas, que narra mucho, enseña mucho y es el que más dice acerca de la Virgen María. Jesus comenzó á obrar y á enseñar: *coepit facere et docere*:

Santa Teresa comenzó por retirarse á un convento pequeño y pobre, y con solas doce monjas, huyendo del bullicio que las comunidades numerosas llevan por precision, y, al escribir cómo y por qué se retiró á ese convento, enseña los grados de oracion, meditacion y contemplacion, por donde Dios va subiendo el alma desde la cueva de los licores exquisitos, con que ordena la caridad, hasta el éxtasis y arrobamiento, en que eleva el cuerpo separándolo de la tierra, y desprendiendo aún más el alma de las cosas terrenales, para llevarla hasta las puertas del cielo, que le deja entrever. Y luego, ya establecida en su casita de San José, que apenas podía llamarse convento sin diminutivo, escribe el *Camino de perfeccion*, para enseñar ciertas virtudes prácticas, propias de la vida ascética, claustral y contemplativa, y comenta de paso la gran oracion cotidiana, que enseñó Cristo en su evangelio, el *Pater noster*. Pudiera decirse que este es el otro evangelio de Santa Teresa ménos histórico y más doctrinal.

La obediencia le obliga á propagar su Instituto. ¡Hallábase tan contenta, tan olvidada, tan tranquila en su conventito de Avila, con sus doce monjas, que nada más deseaba! Dios que le habia llevado allí no la deja permanecer en su retiro: era mucha lumbre y muy divina, para que el que la daba la dejara oculta bajo el celemin: la

lumbre de Avila habia de ser lumbrera de la Iglesia. Y tiene que salir á fundar conventos y recorrer pueblos, y sufrir por los caminos, padecer calumnias y difamaciones, pasar por *femina inquieta y andariega*, hacer y recibir visitas, llevar larga correspondencia y andar en tratos, todo contra su voluntad, pero sometiéndose á la de Dios, que así lo exigía. Pero funda conventos como San Pablo iglesias, y tiene que ir á Medina, Valladolid, Toledo, Malagon, Salamanca, Alba de Tormes, Sevilla, Villanueva de la Jara, Segovia, Soria, Palencia y Burgos; sin contar á Madrid, Alcalá y otros puntos, donde estuvo.

Y hubo de escribir tambien por mandato de sus confesores los sucesos de próspera y adversa fortuna en todas estas fundaciones, con estilo tan encantador como sencillo, sério por lo comun, jovial á veces, con etopeyas de personajes célebres, costumbres, descripciones, anécdotas curiosas, escenas lúgubres, unas sentimentales y áun chistosas otras, riesgos, contradicciones, apuros, privaciones, milagros patentes ó favores providenciales, formando poco á poco, y sin querer, un libro histórico de la más entretenida y sabrosa lectura. Pues aqúeste libro de las fundaciones viene á ser á continuacion de la vida y del camino de perfeccion, y respecto á ellos, en el parangon que se va siguiendo, lo que los Hechos de los

Apóstoles, y en especial de San Pablo, escritos por San Lucas, á los Evangelios de éste y al del Apóstol San Mateo.

Si no escribió San Pablo las fundaciones de las iglesias de Grecia y otras partes, ni las de varias iglesias de España, que nuestra piadosa tradicion cree haber fundado él en nuestra península, escribió más cartas que ninguno de los otros Apóstoles, y en esto se le parecia tambien la gran escritora, á la cual casi me atreveria á llamar *la San Pablo de las mujeres*, pues que de ella nos quedan más de cuatrocientas cartas, hoy ya por fortuna cronológicamente coordinadas.

Y si al libro misterioso y sublime del *Castillo interior, ó las Moradas*, le llamáramos el *Apocalipsis de la mística*, no creeria andar ni errado, ni atrevido en demasía, y en tal caso resultará completo el parangon de los libros de Santa Teresa con el conjunto de los del nuevo Testamento, porque inflamado el rostro y despidiendo resplandores la veian las religiosas, cuando escribia aquel libro apocalíptico, oscuro para los incipientes y proficientes, abierto apenas para los más provecetos y expertos en lo más sublime de esa Teología de la Teología.

Mas dejando á un lado el examinar el mérito de todos esos y cada uno de esos escritos y su conjunto, para ceñirnos al del *Libro de la vida* únicamente y por ahora, no puede ménos de advertirse que este es quizá el más útil de todos, aunque su mérito ascético y teológico sea inferior al de las *Moradas*. Porque el verdadero bien es de suyo expansivo, ó como decian los filósofos escolásticos *difusivo*, y tanto más se difunde cuanto más se puede utilizar por muchos, y como no son, ó somos, muchos los que nos podemos aprovechar de la alteza de la doctrina consignada en el *Castillo interior*, la inferioridad de esa doctrina en el libro de la *Vida* favorece á la pequeñez de los que, aún con los auxilios de la gracia, apenas si acertamos á entenderlo, poco ó nada ejecutarlo, y mucho sí á considerarlo como bello ideal de perfeccion y santidad.

Tiene ademas el libro de la *Vida* la gran ventaja de ir en forma de historia, y dar los ejemplos prácticos juntamente con la doctrina y teorías, al tenor del Evangelio, haciendo y enseñando, como queda dicho.

Hermosa es la cláusula con que comienza, y que puede mirarse como síntesis del libro. «Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el *modo de oracion y las mercedes*, que el Señor me ha hecho, me la dieran para que, muy por menudo y con claridad, dijera mis

grandes pecados y ruin vida.» Prohibiéronle los confesores escribir en ese sentido, temiendo, y con razon, que, sin querer, y llevada de su grande humildad, exagerase sus faltas, rebajándolas aún más, hasta presentarlas como delitos; que la santa humildad tiene tambien lentes de aumento como el orgullo: sólo que, donde éste ve motivos para favorecer el egoismo y halla atenuaciones para los delitos y bajezas, sublimándolos hasta quererlos traducir por virtudes, la humildad hace despreciar lo propio; atribuyendo á Dios lo bueno y hallando imperfecciones y defectos en los actos de caridad acendrada y de la abnegacion más heróica.

Sin necesidad de estudiar elementos de retórica, el exordio sale de tal manera de la esencia misma de ese libro, que revela ya en la primera y bella cláusula con la mayor concision, sencillez y elegancia, el pensamiento capital del escrito, como si dijéramos la síntesis del libro. Quieren saber sus Directores el *modo de oracion* y las *mercedes del Señor*, á fin de poderla dirigir con acierto, y para ello necesita expresar los antecedentes de su vocacion para entrar religiosa de un instituto mitigado, y los de la segunda vocacion, para pasar de la mitigacion á otro más rígido y austero, conforme á la primitiva regla, y aún con mayores mortificaciones. Mas en medio de esa profunda

humildad, sabe que el Señor quiere que ella escriba ese libro, y desea que sea «para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndola ellos mejor, ayuden á su flaqueza.»

Por ese motivo, aludiendo á él en una de sus cartas, lo llama con mucha propiedad el «*Libro de las Misericordias del Señor.*»

Veamos ahora cómo desempeña la Santa Escritora ese mandato de los confesores, conforme á la voluntad divina, que quiere escriba los sucesos de su vida, las mercedes recibidas del Señor y su modo de oración, en concepto de divina misericordia.

Consta el libro de la vida de cuarenta capítulos, con prólogo y epílogo, como si quisiera darle proporciones clásicas, cosa que no pasó por la mente á la escritora. Y si en el prólogo, sacado *ex visceribus causæ*, como diría un quintilianista, expresó los motivos de escribir y el objeto y fines á que se dirigía; en el epílogo indica el destino que se le ha de dar, el modo con que ha desempeñado el mandato, y pide perdon por ese desempeño, ofreciendo motivos de disculpa: «Porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar á leer lo que escribía.» Ni una vez pronuncia su nombre, pues esto, que es lo primero que

busca el orgullo en memorias y autografías, es ajeno completamente á las miras de la escritora, la cual, por el contrario, suplica que su manuscrito apenas concluido, se mande trasladar ó copiar, «si se ha de llevar al P. Maestro Avila ⁽¹⁾, porque podia ser conocer alguien la letra.»

De estos cuarenta capítulos, invierte los diez primeros en hablar muy lijeramente de su niñez y buenas inclinaciones pueriles, ingreso en la religion del Cármen con regla mitigada, y las enfermedades, debilidades intelectuales y espirituales, y mercedes del Señor en medio de unas y otras. Ella misma hace la aclaracion siguiente en el epígrafe del capítulo X. «Comienza á declarar las mercedes que el Señor le hacia en la oracion, y en lo que nos podemos nosotros ayudar... Pide á quien esto envia que, de aquí adelante, sea secreto lo que escribiere...»

Mas si esto deseaba su humildad, no era lo que convenia, ni lo que Dios queria. Precisamente desde el capítulo XI al XXII inclusive intercala un completo, lindísimo y sencillo tratado de oracion, con el cual corta casi por completo la narracion histórica; y de tal manera se desprenden del libro de la vida, que muy bien pueden esos doce capítulos imprimirse aparte, formando un

(1) El Venerable Maestro Juan de Avila, no el Maestro Julian de Avila, Capellan en el convento de San José.

lindísimo tratado de mística, sin perjuicio del libro en su parte narrativa; y quien tal hiciera, prestaría un gran servicio á los estudiosos de teología mística, y aún más á los que por la senda de la contemplacion aspiran á subir al monte santo de la perfeccion evangélica.

Establece desde luego cuatro grados de oracion, y en el mismo capítulo XI los compara á cuatro formas de riego para fecundar la tierra. La cláusula es de oro, por lo bella é ingeniosa. «Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras; así como sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo, ú con noria y arcaduces, que se sáca con un torno (yo la he sacado algunas veces) es á ménos trabajo que estotro, y sacase más agua, ó de un rio ú arroyo: esto se riega muy mejor... ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro.»

Capítulo por capítulo va declarando estos cuatro grados, los medios que se deben emplear en cada uno de ellos, los engaños é inconvenientes que se han de huir, y las mercedes y favores que el Señor dispensa en ellos. Y es lo bueno que, con ser este tratado de mística una interrupcion de la biografía y de la narracion histórica, se echa de ver la necesidad de hacer este corte, dado que le mandaban escribir *el modo de oracion y las mercedes del Señor*. Mas ella tiene,

en su gran talento, sencillez y perspicacia, el modo de no hacerlo pesado, si no ameno, y no desligarlo de la biografía, sino, antes bien, adherirlo á esta, pues, en vez de áridas y casi tenebrosas lucubraciones especulativas, va contando lo que á ella le sucedia en cada uno de estos grados, y con candorosa sencillez dando la doctrina de su historia misma y al mismo tiempo.

Conociendo ella lo que se habia salido del asunto de su vida, sin desviarse del todo, segun queda dicho, reanudando la interrumpida narracion histórica en otros doce capítulos, del XXIII al XXXV, vuelve á referir los favores y mercedes que recibia del Señor en la oracion, las tentaciones del enemigo y las ansiedades de espíritu, temiendo equivocarse y ser meramente una ilusa, como algunos pensaban (y aún se lo decian) sus conatos, por retirarse á vivir con mayor austeridad y contemplacion, viviendo con soledad en medio de poblado, y logrando, sin retirarse á un yermo, vivir como los antiguos solitarios y anacoretas.

Los cinco capítulos últimos continúan este anhelado asunto; pero ya preludiando los medios de llevar á cabo ese conato, fundando el conventito de San José. Dícelo el mismo epígrafe del capítulo XXXV. «Prosi- gue en la misma materia de la fundacion de esta casa de nuestro glorioso Padre San José.»

Mas en el libro de la Vida no llega á tratar del modo con que llevó á cabo esa fundacion y de las grandes contradicciones que esto le trajo. Trátalo en el libro de las fundaciones, que es la continuacion y segunda parte de este libro de la Vida, ó sea de las *misericordias del Señor*.

Tal es el croquis, por decirlo así, ó análisis de este libro de la Vida de Santa Teresa, en las cuatro partes en que puede dividirse, aunque la Santa, ni las distinguió, ni habia para qué alardeara el formar planes, ni conformarse con las reglas de los preceptistas, sino que su santa sencillez, su perspicacia y sagacidad nativas le hacian adivinar lo que no sabia, y practicar lo que no habia estudiado. Claro está que sobre todo ello ponemos los católicos la inspiracion divina, superior á toda intuicion, estudio, ciencia y experiencia; pero aún en lo meramente humano, y bajo el punto de vista literario, no podemos ménos de admirar esas bellezas tan bien escritas y descritas, á pesar de no ser ni estudiadas, ni rebuscadas, ni ménos pretendidas.

Es el gran efecto de la belleza natural, que aparece en medio de su aldeana sencillez, graciosa sin afectacion, pulcra, atractiva, sonriente, llena de gracia, de belleza y donaire, á pesar de la sencillez del traje, del desgaire y casi desaliño, al revés de la cortesana, llena de afeites, dijes, oropeles,

y vestida de ricas telas, afectando majestad estudiada, gracias rebuscadas y fingidas, y haciendo recordar la frase de que Salomon, en toda su gloria y riqueza, no lograba vestir sus favoritas con la gala y donosura del lirio de los valles.

Y en cuanto á la cuestion que se promueve acerca del estilo y el lenguaje de la Santa escritora avilesa, y de saber si es ó no autoridad respetable; si han de mirarse sus obras como escritos clásicos ó no, creo que las personas de buena fé se conformarán con el dictámen de Fray Luis de Leon, el que conocia los primores de nuestro rico idioma mejor que todos los hablistas modernos, y *cervantistas* más ó ménos pedantescos, el cual dice en su precioso prólogo «que, *si entendieran bien castellano*, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.»

Dice el mismo, que restituyó á su primitiva pureza los escritos de la Santa que publicó, pues no pudo darlos todos á la estampa. Con todo no vaciló en rectificar algunos modismos, mejorar la ortografía y aún algunas locuciones escritas fonéticamente, pues la Santa escribía como pronunciaba, y pronunciaba como el pueblo de Avila y Castilla, donde vivía y escribía, y no tenia obligacion de atenerse á los primores de las variantes cortesanas.

Recientemente se han publicado los autógrafos de la Vida y Fundaciones, y Dios

mediante se irán publicando otros; pero sería impertinente descender á estas variantes de los originales, á las que dan mucha y quizá excesiva importancia los paleógrafos, pero que, por lo comun, y salvo en los casos de duda, hacen abigarrada la impresion y pesadísima la lectura.

Santa Teresa definió al demonio con enérgica y gallarda frase, llamándole «*el desdichado que no ama.*» A Santa Teresa le ha salido un *desdichado* que la odia: solo quien no ama á Dios puede odiar á la Santa, amante de Éste entre las más amantes. No cite-mos el nombre de ese desdichado, que seria hacerle demasiada honra. No le desprecie-mos tampoco; tiene un alma que Dios que la crió aprecia mucho, pues sangre le costó el redimírsela. Compadezcámosle y pidamos á Dios que le ilumine, que deponga aquel su odio y retracte su error, y que Éste le perdone. En su ceguedad de profeta, por bajo de Balán, se aventura á decir, que el siglo que viene no se acordará de las obras de Santa Teresa. Mucho ha hecho nuestro siglo en honra de Santa Teresa, y no ha sido lo de ménos el escribir su vida los Bolandos, el publicar sus autógrafos, el corregir las ediciones de sus obras, tanto en España como en el extranjero, el formar las fervorosas y

devotas Congregaciones Teresianas; pero á pesar de todo eso, no vacilaremos en pronosticar, con mejor espíritu, ya que no profetizar, que el siglo vigésimo honrará todavía más que el nuestro las obras y escritos de Santa Teresa, y su siempre grata memoria en la Iglesia y en España.

Febrero, 1882.

V. DE LA FUENTE.



Jhs.

Quisiera yo que como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oracion y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que, muy por menudo y con claridad, dijera mis grandes pecados y ruin vida: diérame gran consuelo; mas no han querido, antes atádomo mucho en este caso, y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin que no he hallado Santo de los que se tornaron á Dios con quien me consolar, porque considero que despues que el Señor los llamaba no le tornaban á ofender: yo no solo tornaba á ser peor, sino que parece traia estudio á resistir las mer-

cedes que Su Majestad me hacia, como quien se via obligar á servir más, y entendia de si no podria pagar lo ménos de lo que debia. Sea bendito por siempre que tanto me esperó. A quien con todo mi corazon suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relacion, que mis confesores me mandan, y aun el Señor sé yo lo quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido, y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de quí adelante, conociéndome ellos mijor, ayuden á mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo á el Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amen.

Jhs.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

EL tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastára, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecia, para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenia de romance para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenia de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis ú siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud: tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con

los criados, tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los avia gran piedad, y estando una vez en casa una de un su hermano la regalaba como á sus hijos. Decia, que de que no era libre no lo podia sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le vió jurar, ni mormurar, muy honesto en gran manera. Mi madre tambien tenia muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades, grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasion á que ella hacia caso de ella, porque, con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy cristianamente.

¶ Eramos tres hermanas y nueve hermanos: todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, sino fuí yo, aunque era la más querida de mi padre: y antes que comenzase á ofender á Dios parece tenia alguna razon, porque yo he lástima quando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me avia dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis

hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

■ Tenía uno casi de mi edad, juntábamnos entramos á leer vidas de Santos, que era el que yo más queria, aunque á todos tenia gran amor, y ellos á mí. Como via los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía aver en el cielo y juntábame con este mi hermano á tratar qué medio avría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y pareceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces ¡para siempre!, ¡siempre, siempre!! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que ví que era imposible ir á donde me matasen por Dios ordenábamos ser hermitaños, y en una huerta, que avia en casa, procurábamos, como podíamos, hacer hermitas, puniendo unas pedrecillas, que luego se nos caian, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devocion ver como me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacia limosna como podia, y podia poco; procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacia serlo. Gustaba mucho quando jugaba con otras niñas hacer monesterios, como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que quando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco ménos. Como yo comencé á entender lo que avia perdido, afligida fuíme á una imágen de Nuestra Señora, y supliquela fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza que me ha valido, porque conocidamente he hallado á esta Vírgen soberana en quanto me he en-

comendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en que estubo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡O Señor mio! pues parece teneis determinado que me salve, plega á Vuestra Majestad sea así y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho! ¿No tuviérades por bien, no por mi ganancia sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada á donde tan contino habiades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fue mia toda la culpa, porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Quando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no via en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad que comencé á entender las gracias de naturaleza, que el Señor me avia dado, que sigun decian, eran muchas, quando por ellas le avia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPÍTULO II.

Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

PARÉCEME que comencé á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razon, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de cavallerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolviémonos para leer en ellos, y por ventura lo hacia para no pensar en grandes trabajos que tenia, y ocupar sus hijos, que no andubiesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto á mi padre que se avia de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costum-

bre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos y comenzar á faltar en lo demas, y parecía-me no era malo con gastar muchas horas del dia y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa: no tenía mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecía á mí no eran ningun pecado, muchos años. Ahora veo cuán malo debía ser.

Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera á Dios que lo fuera de estos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar, en la edad que se han de comenzar á criar las virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan

para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos: teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento los sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas, y lo que peor fué, mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal.

Si yo uviera de aconsejar, dijera á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor. Así me acaeció á mí, que tenia una hermana de mucha más edad que yo de cuya honestidad y bondad, que tenia mucha, de esta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado desviar que tratase en casa. ¡Parece adivinaba el mal que por ella me avia de venir!, y era tanta la ocasion que habia para entrar, que no avia podido. A esta que digo me aficioné á tratar: con ella era mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo queria, y aun me

ponia en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más, por tener amistad conmigo (digo, y darme parte de sus cosas), no me parece avia dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenia mayor de la honra: este tuvo fuerza para no la perder del todo, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni avia amor de persona de él que á esto me hiciera rendir. ¡Ansí tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecia á mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vias! En querer esta vanamente tenia extremo; los medios que eran menester para guardarla no ponía ninguno: solo para nó perderme del todo tenia gran miramiento. Mi padre y hermana sentian mucho esta amistad: reprendíanmela muchas veces; como no podian quitar la ocasion de entrar ella en casa no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha.

Espántame algunas veces el daño que ha-

ce una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace. Querria escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto, y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversacion, que de natural y alma virtuoso no me dejó casi ninguna, y me parece me imprimia sus condiciones ella y otra que tenia la mesma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud, porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues, quitado este temor del todo, quedóme solo el de la honra, que en todo lo que hacia me traia atormentada. Con pensar que no se avia de saber, me atrevia á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debia ser suya la culpa, sino mia, porque despues mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas

buen aparejo; que si alguna fuera en aconsejarme bien por ventura me aprovechara: mas el interese las cegaba, como á mí la afecion; y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion. Mas puesta en la ocasion estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos, de los cuales me libró Dios de manera que parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese, aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese hasta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre porque no me parece avia tres meses que andaba en estas vanidades quando me llevaron á un monesterio que avia en este lugar, á donde se criaban personas, semejantes, aunque no no tan ruines en costumbre, como yo, y esto con tan gran disimulacion, que sola yo y algun deudo lo supo, porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad, porque averse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenia y la mucha disimulacion mia, que no avia creer tanto mal de mí, y ansí no quedó en des-

gracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiera algo, no debia ser dicho con certinidad, porque, como yo temia tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto y no miraba que no podia serlo á quien todo lo ve. ¡O Dios mio, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de aver cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se escusarian grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, si no en no nos guardar de descontentaros á Vos.

Los primeros ocho dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se avia entendido la vanidad mia, que no de estar allí, porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios quando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad. Traia un desasosiego que en ocho dias, y aun creo ménos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia en dar contento á donde quiera que estuviese, y ansí era muy querida, y puesto que yo estaba entonces enemigísima de ser monja, holgávame de ver tan buenas mon-

jas; que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religion y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recados: como no avia lugar presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, y ví la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por donde me podia tornar á sí. ¡Bendito seais Vos, Señor, que tanto me aveis sufrido! Amen.

Una cosa tenia que paréceme podia ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es que era el trato con quien por via de casamiento me parecia podia acabar en bien, y informada de con quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios.

Dormia una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

CAPÍTULO III.

En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que avia traído.

RUES comenzando á gustar de la buena y santa conversacion de esta monja holgábame de oirla quan bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer en ningun tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella avia venido á ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio, «muchos son los llamados y pocos los escogidos.» Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por Él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que avia hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenia con ser monja, que se me avia puesto grandísima; y si via alguna tener lágrimas quando rezaba, ú otras vir-

tudes, avíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazon en este caso, que, si leyera toda la Pasion, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monesterio harto mijorada; comencé á rezar muchas oraciones vocales y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le avía de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que este no fuese Dios servido de dármele, aunque tambien temia el casarme. A cabo de este tiempo que estube aquí, ya tenia más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que despues entendí tenian, que me parecian extremos demasiados; y avia algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. Tambien tenia yo una grande amiga en otro monesterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo uviese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces y luego se quitaban y no podia persuadirme á serlo.

En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residia en una aldea para verla; que era extremo el amor que me tenia, y, á su querer, no saliera yo de con ella; y su marido tambien me amaba mucho, al ménos mostrábame todo regalo, regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servia como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien tambien andaba el Señor dispuniendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenia y fué fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos dias. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo: hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en

otras fuera virtud, en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discrecion. ¡O, váleme Dios, por qué términos me andaba Su Majestad dispuniendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre, amen.

Aunque fueron los dias que estube pocos, con la fuerza que hacian en mi corazon las palabras de Dios, así leidas como oidas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de quando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y como acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, como me iba á el infierno; y aunque no acababa mi voluntad de enclinarse á ser monja, ví era el mijor y más seguro estado; y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí mesma con esta razon, que los trabajos y pena de ser monja no podia ser mayor que la del purgatorio, y que yo avia bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que despues me iria derecha á el cielo, que este era mi deseo; y en este mo-

vimiento de tomar estado, más me parece me movia un temor servil, que amor. Poníame el demonio que no podria sufrir los trabajos de la religion por ser tan regalada: á esto me defendia con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho yo pasase algunos por Él. Que Él me ayudaria á llevarlos debia pensar, que esto postrero no me acuerdo: pasé hartas tentaciones estos dias. Avíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenia bien poca salud. Dióme la vida aver quedado ya amiga de buenos libros: leia en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como á tomar el hábito; porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás de ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me queria, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él, fué que despues de sus dias haria lo que quisiese. Yo ya me temia á mí y á mi flaqueza no tornase atrás, y ansí no me pareció me convenia esto, y procurélo por otra via, como ahora diré.

CAPÍTULO IV.

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí misma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que Su Majestad la comenzó á dar.

EN estos dias que andaba con estas determinaciones, avia persuadido á un hermano mio á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entramos de irnos un dia muy de mañana al monesterio á donde estaba aquella mi amiga, que era á la que yo tenia mucha aficion, puesto que en esta postrera determinacion ya yo estaba, de suerte que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ú mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya al remedio de mi alma, que del descanso ningun caso hacia de él. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que quando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento quando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no avia amor de Dios que quitase el amor del

padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendia de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad que tenia mi alma, en grandísima ternura: dábanme deleite todas las cosas de la religion; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solia ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo que yo me espantaba, y no podia entender por dónde venia. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacer lo que, siendo solo por Dios, hasta en comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel

espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace despues; aun en esta vida lo paga Su Majestad por unas vias, que solo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por espiriencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, quando una buena inespiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre, amen.

¡Bastara, oh sumo bien y descanso mio, las mercedes que me avíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan siguro, y á casa á donde avia muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar para ir creciendo en su servicio! No sé como he de pasar de aquí, quando me acuerdo la manera de mi profesion, y la gran determinacion y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y avian de ser de sangre y quebrárseme el corazon, y no era mucho sentimien-

to, para lo que despues os ofendí. Paréceme ahora que tenia razon de no querer tan gran dinidad, pues tan mal avia de usar de ella. Mas Vos, Señor mio, quisistes ser, casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado porque yo fuese mijorada. No parece, Dios mio, sino que prometí no guardar cosa de lo que os avia prometido, aunque entonces no era esa mi intencion: mas veo tales mis obras despues, que no sé qué intencion tenia, para que más se vea quién Vos sois, esposo mio, y quién só yo; que es verdad cierto que muchas veces me tiempla el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mio, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo: pues no lo merecí ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra mise-

ricordia. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponía espanto á quien le via, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traia mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí procuró llevarme á un lugar adonde avia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harian la mia. Fué conmigo esta amiga que he dicho que tenia en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometia clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron, tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Avia de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fuí en el principio del in-

vierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en la aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca y no andar yendo y viniendo. Quando iba me dió aquel tio mio (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro: llámase *Tercer abecedario*, que trata de enseñar oracion de recogimiento; y puesto que este primer año avia leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendia el daño que me avian hecho, no sabia cómo proceder en oracion, ni cómo recogerme, y ansí holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas; y como ya el Señor me avia dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años despues de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

Comenzóme Su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin de este tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios, como el libro me decia), mas por esto pasaba yo. Parecíame casi imposible tanta guarda: tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera Dios la tuviera siempre. De los veniales hacia poco caso, y esto fué lo que me destruyó. Comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacia merced de darme oracion de quietud, y alguna vez llegaba á union, aunque yo no entendia qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de union, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no aver en este tiempo veinte años, me parece traía al mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que avia lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podia traer á Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y esta era mi manera de oracion. Si pensaba en algun paso, le representaba en

lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreacion; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginacion, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí como lo procuraba, traer la Humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta via de no poder obrar con el entendimiento llegan más presto á la contemplacion, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupacion de la voluntad, y el aver en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta dispusicion les conviene más pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurriendo en lo que es el mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y lo poco que le sirve, y lo que le da á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar de esto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en licion, pues

de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que, si el maestro que enseña aprieta en que sin lición (que ayuda mucho para recoger á quien de esta manera procede, le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oracion mental, que no puede tener), digo que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oracion, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y en estos grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar á tener oracion sin un libro; que tanto temia mi alma estar sin él en oracion, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía ú escudo, en que avia de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada, porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me fal-

taba libro, que era luego disbaratada el alma, y los pensamientos perdidos: con esto los comenzaba á recoger, y como por halago llevaba el alma, y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leia poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacia. Parecíame á mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habria peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro ú persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir de ellas si entrara con brevedad, y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Mas fué tan sutil y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los dias que serví á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como Su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran manificencia y misericordia: sea bendito por todo, que he visto claro no de-

jar sin pagarme aun en esta vida ningun deseo bueno. Por ruines y imperfetas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando y perficionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondia. Aun en los ojos de quien los ha visto permite Su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas, hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga.

Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se avia conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mio para saber encarcer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito que tanto me ha sufrido. Amen.

CAPÍTULO V.

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

OLVIDÉ de decir cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena é imperfeccion, aunque con el gran contento que tenia de ser monja, todo lo pasaba. Como me vian procurar soledad, y me vian llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decian. Era aficionada á todas las cosas de religion, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada, era curiosa en quanto hacia, todo me parecia virtud; aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la inorancia no

quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monesterio en mucha perfeccion; yo como ruin íbame á lo que via falto, y dejaba lo bueno.

Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le avian hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comia: murió presto de ello. Yo via á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedia á Dios que, dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temia, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos, y espántome, porque aún no tenia, á mi parecer, amor de Dios, como despues que comencé á tener oracion me parecia á mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba; y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ellos, pues son eternos. Tambien me oyó en esto Su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

Venido el tiempo que estaba aguardando, en el lugar que digo que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo mi padre y mi hermana, y aquella monja mi amiga, que avia salido conmigo, que era muy mucho lo que me queria. Aquí comenzó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harto bien. Estaba una persona de la Ilesia, que residia en aquel lugar adonde me fuí á curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenia letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenia de tan buenas letras como quisiera. He visto por espiriencia que es mijor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, porque ni ellos se fian de sí sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debian querer engañar sino no sabian más y yo pensaba que sí, y que no era obligada á mas de creerlos; como era cosa ancha lo que me decian y de mas libertad, que si fuera apretada yo soy tan ruin que

buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo que no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas para que yo me guardara de ellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen á mí: yo engañé á otras hartas con decirles lo mesmo que á mí me avian dicho. Duré en esta ceguedad creo mas de dicisiete años, hasta que *un padre dominico*, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agraviándome tan malos principios como despues diré.

Pues comenzándome á confesar *con este que digo*, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenia poco que confesar para lo que despues tuve, ni lo avia tenido despues de monja. No fué la afecion de este mala, mas de demasiada afecion venia á no ser buena. Tenia entendido de mí que no me determinaria á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y

él tambien me asiguraba lo mesmo; y así era mucha la conversacion. Mas mis tratos entonces con el embebecimiento de Dios que traia, lo que mas gusto me daba era tratar cosas de Él; y como era tan niña, hacíaale confusion ver esto, y con la gran voluntad que me tenia comenzó á declararme su perdicion, y no era poca, porque avia casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afecion y trato con una mujer del mesmo lugar, y con esto ¡¡decia Misa!! Era cosa tan pública que tenia perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le queria mucho, que esto tenia yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecia virtud ser agradecida, y tener ley á quien me queria. ¡Maldita sea tal ley, que se estiende hasta ser contra la de Dios! Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina, que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra Él, no quebrantar esta amistad. ¡O ceguedad del mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo á el re-

vés por mis pecados. Procuré saber y informarme mas de personas de su casa: supe mas la perdicion, y ví que el pobre no tenia tanta culpa, porque la desventurada de la mujer le tenia puestos hechizos en un idolillo de cobre que le avia rogado le trajese por amor de ella á el cuello, y este nadie avia sido poderoso de podérselo quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo ví para aviso de que se guarden los hombres de mujeres, que este trato quieren tener, y que crean, pues pierden la vergüenza á Dios, que ellas mas que los hombres son obligadas á tener honestidad, que ninguna cosa de ellos pueden confiar, que, á trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afecion que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas, si me dejara, hiciera el mal que hacia en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle mas amor: mi intencion buena era, la obra mala, pues

por hacer bien, por grande que sea, no avia de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debia aprovecharle, aunque mas creo le hizo al caso el quererme mucho, porque, por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un rio. Quitado este comenzó, como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que avia hecho aquellos años, y espántandose de sí, doliéndose de su perdicion, vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debia ayudar mucho, que era muy devoto de su Concecion, y en aquel dia hacia gran fiesta. En fin dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer dia que yo le ví, murió: y avia estado muy en servicio de Dios, porque aquella aficion grande que me tenia nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con mas puridad; mas tambien hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal no la hiciera entonces, y paréceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que

creo todos los hombres deben ser amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud, y aun para lo que acá pretenden deben de ganar con ellos mas por aquí, sigun despues diré. Tengo por cierto está en carrera de salvacion. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasion: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedia mi complexion: á los dos meses, á poder de medicinas, me tenia casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazon, de que me fuí á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecia con dientes agudos me asian de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podia comer, sino era bebida), de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada (porque casi un mes me avian dado una purga cada dia), estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que dia ni noche ningun sosiego podia tener: una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, á donde tornaron á verme médicos:

todos me desahuciaron, que decian, sobre todo este mal, decian estaba etica. De esto se me daba á mí poco: los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervos son intolerables, sigun decian los médicos, y como todos se encogian cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaria mas de tres meses, que parecia imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió, que se via claro venir de Él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado á tener oracion, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con Él. Traia muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: *Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?* Esto parece me ponia esfuerzo.

Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril avia si-

do el tormento, aunque los tres pustreros meses mayor. Dí priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que, aunque sea de tan católico padre y tan avisado (que lo era harto, que no fué inorancia), me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parajismo, que me duró estar sin ningun sentido cuatro dias, poco menos: en esto me dieron el Sacramento de la Uncion, y cada hora ú memento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios, muchas. Bendito sea Él, que quiso oirlas, que tiniendo dia y medio abierta la sepoltura en mi monesterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí: luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas á mi parecer que no eran con el senti-

miento y pena de solo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traia de los que me habian dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto despues lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé el sentido poco, aunque la confesion entera, á mi parecer, de todo lo que entendí avia ofendido á Dios; que esta merced me hizo Su Majestad, entre otras, que nunca despues que comencé á comulgar dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvacion si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo tan ruin, y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, ó ánima mia, que miraras del peligro que el Señor te avia librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado mas peligroso. Creo no añido muchas

en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseedos van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve mas aquí la manificencia de Dios, y lo que sufre á un alma. Sea bendito para siempre: plega á Su Majestad que antes me consuma que le deje yo mas de querer.

CAPÍTULO VI.

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos, y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San Josef, y lo mucho que le aprovechó.



QUEDÉ de estos cuatro dias de parajismo de manera que solo el Señor puede saber los incompportables tormentos que sentia en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podia pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo,

porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta, si no me meneaban: solo un dedo me parece podia menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no habia cómo; porque todo estaba tan lastimada, que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Solo tenia que, si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco me contaba por buena, que traia temor me avia de faltar la paciencia; y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque á los recios frios de quartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenia incomportables: el hastío, muy grande. Dí luego tan gran priesa de irme á el monesterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta recibieron con alma, mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenia ya; digo que estar así me duró mas de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á

andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios con gran alegría, porque todo se me hacia nonada comparado con los dolores y tormentos del principio, estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ánsia de sanar por estar á solas en oracion, como venia mostrada, porque en la enfermería no avia aparejo. Confesábame muy á menudo, trataba mucho de Dios: de manera que edificaba á todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque, á no venir de mano de Su Majestad, parecia imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oracion, que me avia hecho, que esta me hacia entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo ví nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie, por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda mormuracion porque traia muy delante cómo no avia de querer, ni decir de otra persona lo que no queria dijessen de mí. Tomaba esto en harto extremo para las oca-

siones que avia, aunque no tan perfectamente que algunas veces, quando me las daban grandes, en algo no quebrase: mas lo contino era esto; y así á las que estaban conmigo y me trataban persuadia tanto á esto, que se quedaron en costumbre. Víno-se á entender que á donde yo estaba tenían siguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenia amistad y deudo, y enseñaba, aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les daba; plega á Su Majestad me perdone, que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intencion como despues sucedia la obra. Quédome deseo de soledad, amiga de tratar y hablar con Dios que, si yo hallara con quien, mas contento y recreacion me daba que toda la pulicía, ú grosería por mejor decir, de la conversacion del mundo; comulgar y confesar muy mas á menudo y desearlo, amigísima de leer buenos libros, un grandísimo arrepentimiento en aviendo ofendido á Dios; que muchas veces me acuerdo que no osaba tener oracion, porque temia la grandísima pena que avia de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo despues en tan-

to extremo, que no sé yo á qué compare este tormento. Y no era poco ni mucho por temor, jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacia en la oracion y lo mucho que le debia, y via cuán mal se lo pagaba, no lo podia sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba cuando via mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me via, para no tornar á caer en puniéndome en la ocasion: parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser despues mayor la culpa, porque via la gran merced que me hacia el Señor en dárme las, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y á mi parecer hacia de mi parte lo que podia para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raiz las ocasiones, y en los confesores, que me ayudaban poco; que, á decirme en el peligro en que andaba, y que tenia obligacion á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna via sufriera andar en pecado mortal solo un dia, si yo lo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oracion, y la mayor era ir envuelto

en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia, quanto á pecados mortales. ¡Oh, váleme Dios, que deseaba yo la salud para mas servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me ví tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que, si estando buena me avia de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviria mucho mas á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé á hacer devociones de Misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con cerimonias que yo no podia sufrir, y á ellas les hacia devocion (despues se ha dado á entender no convenian, que eran supresticiosas), y tomé por abogado y señor al glorioso San Josef, y encomendéme mucho á él;

ví claro que ansí de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó, con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta hora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma; que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo espiriencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenia nombre de padre, siendo ayo, le podia mandar), ansí en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por espiriencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solenidad que podia, mas llena de vanidad que de espíritu, quiriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenia malo, si algun bien el Señor me daba

gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas: para el mal, y curiosidad, y vanidad, tenia gran maña y diligencia: ¡el Señor me perdone! Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran espiriencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años que cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para mas bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas; mas por no hacer mas de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, mas de lo que quisiera, en otras mas larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca descripcion. Solo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por espiriencia el gran bien que es encomendarse

á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración, siempre le habian de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesus, que no den gracias á San Josef por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega el Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues Él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced.

¡Quién dijera que avia tan presto de caer, despues de tantos regalos de Dios; despues de haber comenzado Su Majestad á darme virtudes, que ellas mismas me despertaban á servirle; despues de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; despues de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¡Qué es esto, Señor mio, en tan peligrosa vida

hemos de vivir! que escribiendo estoy, y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podria decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfeccion: *Que no vivo yo ya, sino que Vos, Criador mio, vivís en mí*, sigun ha algunos años que, á lo que puedo entender, me teneis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas á Vuestra Majestad sin entenderlo; y tambien me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor que con gran determinacion me deje de poner á ella, y en algunas me habeis Vos ayudado para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa de él, ni me parece me da contento cosa que no salga de Vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis Vos, mi Señor, que, á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razon, si me habeis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud en no me la es-

tando Vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega á Vuestra Majestad que aun ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame á mí, Señor mio, ya imposible dejaros tan del todo á Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seais por siempre, que, aunque os dejaba yo á Vos, no me dejastes Vos á mí tan del todo que no me tornase á levantar, con darme Vos siempre la mano, y muchas veces, Señor, no la queria, ni queria entender cómo muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

CAPÍTULO VII.

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le habia hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monesterios de monjas.

PUES así comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenia vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oracion, tornarme á llegar á Dios; y ayudóme á esto que, como crecieron los pecados, comencóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Via yo muy claro, Señor mio, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podia hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oracion, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar

como los muchos; pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oracion mental y tanto trato con Dios la que merecia estar con los demonios, y que engañaba á la gente, porque en lo exterior tenia buenas apariencias; y ansí no es de culpar á la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad; porque en esto de yproquesía y vanagloria, gloria á Dios, jamas me acuerdo haberle ofendido, que yo entienda, que, en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y ansí en esto muy poco me ha tentado jamas. Por ventura, si Dios primitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, tambien cayera; mas Su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto; ¡sea por siempre bendito! antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinion, como yo sabia lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venia de que como me vian tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar y leer, mucho hablar

de Dios, amiga de hacer pintar su imágen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devocion, no decir mal, otras cosas de esta suerte, que tenian apariencia de virtud; y yo que de vana me sabia estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daba tanta y más libertad que á las muy antiguas, y tenian gran siguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ú paredes, ú de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monesterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame á mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho: ¡como si fuera bien otras cosas que hacia! A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monesterio encerrado; porque la libertad, que las que eran buenas podian tener con bondad, porque no debian mas, que no se prometia clausura, para mí,

que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si, con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y ansí me parece lo es grandísimo monesterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mio, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perficion al Señor, que no puede Su Majestad dejar (segun es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religion, sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez, sino muchas, para que se salven, segun están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacia; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus

hijas adonde vayan camino de salvacion, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monesterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega á Dios aproveche, ú se las tenga en su casa; porque, si quiere ser ruin, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no solo dañan á sí, sino á todas; y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida y enclina á seguir algunas cosas que son del mesmo mundo ve allí que lo tienen por bueno á manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡O grandísimo mal! ¡grandísimo mal de re-

lisiosos! (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religion; adonde en un monesterio hay dos caminos de virtud y religion, y falta de religion, y todos casi se andan por igual! Antes mal dije no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfeto, y, como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religion, que más ha de temer el fraile y la monja, que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa, que á todos los demonios; y más cautela y disimulacion ha de tener para hablar en la amistad, que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades, que el demonio ordena en los monesterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habian de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los santos pasados dejaron en las religiones. Plega la Divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester, amen.

Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como via

que se usaban, que avia de venir á mi alma el daño y distraimiento que despues entendí era semejantes tratos, pareciéndome que cosa tan general como es este visitar en muchos monesterios, que no me haria á mí mas mal que á las otras, que yo via eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo le deja de haber, aunque no sea sino tiempo malgastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenian aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que há esto mas de veintiseis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no queria ver mas á con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos del cuerpo, y el demonio, que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me

avía antojado, y que podia ser el demonio, y otras cosas de esta suerte, puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era á mi gusto, yo me hacia á mí mesma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó despues á haber gran importunacion, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné á la misma conversacion, y aun en otros tiempos á otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreacion pestilencial, que no me parecia á mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque á veces claro via no era bueno; mas ninguna me hizo el distraymiento que esta que digo, porque la tuve mucha aficion.

Estando otra vez con la mesma persona, vimos venir hácia nosotros (y otras personas que estaban allí tambien lo vieron) una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del dia, ni nunca la ha habido, y la operacion que hizo en mí me parece no era sin misterio, y tampoco esto se me olvidó ja-

más. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

Tenia allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religion: esta tambien me avisaba algunas veces, y no solo no la creia, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenia el infierno por tan grande ingratitud, y tambien porque si el Señor ordenare y fuere servido, en algun tiempo lea esto alguna monja, escarmienten en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á Su Majestad se desengañe alguna por mí, de quantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenia, que de propósito no las queria yo engañar; y por el mal ejemplo que las dí, como he dicho, fuí causa de hartos males, no pensando hacia tanto mal.

Estando yo mala en aquellos primeros dias, antes que supiese valerme á mí, me

daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros; tentacion muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como queria tanto á mi padre, deseábale con el bien, que ya me parecia tenia con tener oracion, que me parecia que en esta vida no podia ser mayor que tener oracion; y así por rodeos, como pude, comencé á procurar con él la tuviese: díle libros para este propósito. Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tan bien en él este ejercicio, que en cinco ú seis años (me parece seria) estaba tan adelante, que yo alababa mucho á el Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras: todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya despues que yo andaba tan destraida, y sin tener oracion, como via pensaba, que era la que solia, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y mas, sin tener oracion, pareciéndome mas humildad; y esta, como despues diré, fué la mayor tentacion que tuve, que por ella me iba á acabar de perder; que con la oracion, un dia ofendia á Dios, y torna-

ba otros á recogerme y apartarme mas de la ocasion. Como el bendito hombre venia con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios, como solia, y díjele que ya yo no tenia oracion, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta mas de medio dia me acaecia no poder desayunarme, algunas veces mas tarde; despues acá que frecuento mas á menudo las Comuniones, es á la noche, antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas ú otras cosas; porque, si lo deajo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazon; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solia tener muchas veces, me hallo buena ocho años há. De estos males se me da ya tan

poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era esta la causa, como él no decia mentira, y ya, conforme á lo que yo trataba con él, no la habia yo de decir. Díjele porque mijor lo creyese (que bien via yo que para esto no habia disculpa), que harto hacia en poder servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa que no son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amar y costumbre; aunque el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que, aunque con ocasiones y aun enfermedad algunos ratos impida, para muchos ratos de soledad no deja de haber otros que hay salud para esto; y en la mesma enfermedad y ocasiones es la verdadera oracion, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse por quién lo pasa, y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen. Aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oracion.

Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la ora-

cion, y ansí los habia yo hallado cuando tenia buena conciencia. Mas él, con la opinion que tenia de mí, y el amor que me tenia, todo me lo creyó, antes me hubo lástima: mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba despues tanto conmigo, sino, como me habia visto, íbase, que decia era tiempo perdido; como yo le gastaba en otras vanidades, dábame poco. No fué solo á él, sino á otras algunas personas las que procuré tuviesen oracion, aun andando yo en estas vanidades; como las via amigas de rezar, las decia cómo tendrían meditacion, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé oracion, como he dicho, le tenia. Parecíame á mí que, ya que yo servia al Señor como lo entendia, que no se perdiese lo que me avia dado Su Majestad á entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí y procuraba ganar á otros.

En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos dias. Fuíle yo á curar, estando mas enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas va-

nidades, aunque no de manera que, á quanto entendia, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo mas perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él avia pasado en las mias. Con estar yo harto mala me esforzaba, y (con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacia) tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando via acabar su vida, porque le queria mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenia de morirse, los consejos que nos daba despues de haber recibido la Extrema Uncion, el encargarnos le encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decia la pena grande que tenia de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los mas estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince dias antes le dió el Señor á entender no habia de vivir, porque

antes de estos, aunque estaba mal, no lo pensaba. Despues, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningun caso hacia de ello, sino entendia en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestras, que pensase Su Majestad le queria dar á sentir algo de lo que habia pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca mas le oí quejar. Estuvo tres dias muy falto el sentido. El dia que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mesmo, espiró. Quedó como un ángel, y así me parecia á mí lo era él, á manera de decir, en alma y dispusicion, que la tenia muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar mas mi ruin vida, despues de haber visto tal muerte y entender tal vida: que por parecerme en algo á tal padre, la avia yo de mijorar. Decia su confesor, que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque

avia algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.

Este Padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él y tomó á hacer bien á mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdicion que traia. Hacía-me comulgar de quince á quince dias, y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oracion. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podia hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca mas la dejé. Pasaba una vida trabajosísima porque en la oracion entendia mas mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguia á el mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las de el mundo. Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oracion pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me podia encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oracion, sin encerrar conmigo mil va-

nidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, qué sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno ú lo otro: bien sé que dejar la oracion no era ya en mi mano, porque me tenia con las tuyas el que me queria para hacerme mayores mercedes.

¡Oh, válame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo á hacer obras para descubrir lo que era, y el Señor encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenia, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucian mis vanidades, como vian otras cosas que les parecian buenas, no lo creian; y era que habia ya visto el Sabidor de todas las cosas que era menester así, para que en las que despues he hablado de su servicio, me diesen algun crédito; y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenia de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo podré en-

carecer las mercedes que en estos años me hicistes, y cómo en el tiempo que yo mas os ofendia, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mio, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podia ser, como quien bien entendia lo que me avia de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos, y no creo digo desatino, aunque seria bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan mas penoso para mi condicion recibir mercedes, quando avia caido en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece cierto me deshacia y confundia mas y fatigaba que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos, porque lo postrero via lo merecia, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, sigun ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algun conocimiento ú amor de Dios; y esto por una condicion

virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar á caer, aunque mis determinaciones y deseos entonces (por aquel rato digo) estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros; paréceme á mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

Por eso aconsejaria yo á los que tienen oracion, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mesmo; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos á otros con sus oraciones, quanto mas que hay muchas mas ganancias. Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para mas gozar de contar aquellos placeres vanos) se ha de permitir que quien comenzare de veras á amar á Dios y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oracion. Porque si es de verdad el

amistad que quiere tener con Su Majestad, no haya miedo de vanagloria, y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá de ello con mérito; y creo que el que tratando con esta intencion lo tratare, que aprovechara á sí y á los que le oyeren, y saldrá mas enseñado, aun sin entender, como enseñanza á sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, tambien la terná en oír Misa con devocion, si le ven, y en hacer otras cosas que, so pena de no ser cristiano, las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud (como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal), que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado de este ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda que de veras quieren procurar amar y contentar á Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas que en este caso se hacen á Dios.

No sé si digo desatinos: si lo son, vues-

tra merced los rompa; y si no lo son, le suplico ayude á mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir adelante, segun se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para estos hay pocos ojos; y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que mormuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y si no veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debian usar algunos Santos irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaria decir si no tuviese gran espiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy mas flaca, y ruin que todos los nacidos; mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene espiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios para que yo muy ordinario

tratara con personas que tienen oracion, que cayendo y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer avia muchos amigos que me ayudasen, para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estava siempre caida; y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano. Sea bendito por siempre jamás, amen.

CAPÍTULO VIII.

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oracion para no perder el alma, y cuán ecelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algun tiempo de tan gran bien.

NO sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin; que, cierto, querria me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz y engrata con quien tan-

tas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté á Dios, por no estar arriada á esta fuerte coluna de la oracion. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeccion, que ningun caso casi hacia de pecados veniales, y los mortales, aunque los temia, no como avia de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traia contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos de el mundo, en acordarme lo que debia á Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las afeciones de el mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanti mas tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que avia de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oracion: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traicion á el Rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de

delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oracion, porque están viendo que los mira; que los demás podrá ser estén algunos dias, que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender á el Señor, y me daba mucho á la oracion, y hacia algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuérdaseme poco de estos dias buenos, y ansí debian ser pocos y mucho de los ruines; ratos grandes de oracion pocos dias se pasaban sin tenerlos, si no era estar muy mala ó muy ocupada. Cuando estaba mala estaba mijor con Dios; procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor: hablaba muchas veces en Él. Ansí que, si no fue el año que tengo dicho, en veinte ocho años que há que comencé oracion, mas de los deciocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha

sido pequeña; mas con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad que es el mundo, todo ha sido suave, como diré despues.

Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitude; lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma que la dispone para tener oracion con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester; y cómo, si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caidas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor á puerto de salvacion, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí: plega á Su Majestad no me torne yo á perder. El bien que tiene quien se ejercita en oracion, hay muchos Santos y buenos que lo han escrito (digo oracion mental), ¡gloria sea á Dios por ello! y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin

ella será muy mas dificultoso: y no le tiene el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad. Crea que no pueden faltar sus palabras, que en arrepintiéndonos de veras y determinándose á no le ofender, se torna á la amistad que estaba, y hacer las mercedes que antes hacia, y á las veces mucho mas, si el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere adelante, y se esforzare á ser perfeto, que merezca los gustos y regalos que á estos da Dios, á poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo...; que no es otra cosa oracion mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amais, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta, la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podeis acabar con vos amarle tanto, porque no es de vues-

tra condicion; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasais por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

¡O bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo de esta suerte! ¡O regalo de los ángeles, que toda me querria, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos á quien no os sufre que esteis con él! ¡Oh qué buen amigo haceis, Señor mio, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperais á que se haga á vuestra condicion, y tan de mientras le sufrís Vos la suya! Tomais en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidais lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mio, por qué todo el mundo no se procure llegar á Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condicion, para que nos hagais buenos, con que os sufran esteis con ellos siquiera dos horas cada dia, aunque ellos no estén con Vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacia. Por esta fuerza que se hacen á querer estar en tan buena compañía (mirais que

en esto á los principios no pueden mas, ni despues algunas veces), forzais Vos, Señor, los demonios para que no los acometan, y que cada dia tengan menos fuerza contra ellos, y dáiselas á ellos para vencer. Sí, que no matais á naide, vida de todas las vidas, de los que se fian de Vos, y de los que os quieren por amigo, sino sustentais la vida del cuerpo con más salud, y dáisla al alma.

No entiendo esto que temen los que temen comenzar oracion mental, ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oracion, y ha sido, quanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podia, y muy muchas veces (algunos años) tenia mas cuenta con desear se acabase la hora, que tenia por mí de estar, y escuchar cuando daba el relox, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana que recogerme á tener oracion. Y es cierto

que era tan inoportable la fuerza que el demonio me hacia, ú mi ruin costumbre, que no fuese á la oracion, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto mas que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor. Y despues que me avia hecho esta fuerza, me hallaba con mas quietud y regalo que algunas veces que tenia deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruin, como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años despues de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar pues á mí tanto me sufrió, solo porque deseaba y procuraba algun lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacia, ú me la hacia el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tan bien la oracion, y les es tan necesaria, y no puede naide hallar con verdad

daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla, los que sirven á Dios y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con mas trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oracion, el mismo Señor les hace la costa, pues, por un poco de trabajo, da gusto para que con Él se pasen los trabajos. Porque de estos gustos que el Señor da á los que perseveran en la oracion, se tratará mucho, no digo aquí nada. Solo digo que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho á mí, es la puerta la oracion: cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar á regalarle con un alma, y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia, y con gana de recibirlos. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros? ¡Y queremos nos haga Dios grandes mercedes!

Para que vean su misericordia, y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oracion y licion, diré aquí (pues va tanto en

entender) la batería que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á Sí, y se guarden de los peligros que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el grande amor con que anda granjeando tornarnos á Sí, pido yo se guarden de las ocasiones, porque, puestos en ellas, no hay que fiar donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la catividad que en estos tiempos traia mi alma, porque bien entendia yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podia creer del todo que lo que los confesores no me agraviaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplacion, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome mas de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasion. Como me vian con buenos deseos y ocupacion de oracion, parecíales hacia mucho; mas entendia mi alma que no era hacer lo que era obligada por

quien debia tanto. Lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenia, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si via alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba, sin procurarle yo, que no sé quién me le ponía. Casi nunca me parecia tan mal sermon, que no le oyese de buena gana, aunque, al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreacion. De hablar de Dios, ú oír de Él, casi nunca me cansaba, y esto despues que comencé oracion. Por un cabo tenia gran consuelo en los sermones: por otro me atormentaba; porque allí entendia yo que no era la que avia de ser con mucha parte. Suplicaba á el Señor me ayudase, mas debia faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en Su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacia diligencias; mas no debia entender que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros,

no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendia que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no avia quien me diese vida; y no la podia yo tomar, y quien me la podia dar tenia razon de no socorrerme, pues tantas veces me avia tornado á sí, y yo dejádole.

CAPÍTULO IX.

Trata porqué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darla luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

PUES ya andaba mi alma cansada, y aunque queria, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenia. Acaecióme que entrando un dia en el oratorio, vi una imagen que avian traido allí á guardar, que se avia buscado para cierta fiesta que se hacia en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que

avia agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversion, en especial cuando comulgaba; que, como sabia estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabia lo que decia, que harto hacia quien por sí me las consentia derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame a questa gloriosa Santa para que me alcanzese perdon. Mas esta postre-
ra vez, de esta imagen que digo, me parece me aprovechó mas, porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me avia de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mijorando mucho desde entonces. Tenia este modo de oracion, que como no podia discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mijor, á

mi parecer, de las partes adonde le via mas solo. Parecíame á mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me avia de admitir á mí. Destas simplicidades tenia muchas; en especial me hallaba muy bien en la oracion del huerto: allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflecion que allí habia tenido: si podia, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme á hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo mas que me dejaban mis pensamientos con Él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las mas noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oracion del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oracion sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacia no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

Pues tornando á lo que decia del tormento que me daban los pensamientos, esto

tiene este modo de proceder sin discurso del entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada ú perdida: digo perdida la consideracion. En aprovechando, aprovecha mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas á oracion de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame á mí tambien ver campo ú agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador (digo, que me despertaban y recogian, y servian de libro), y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

Tenia tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que via no me aprovechaba nada de mi imaginacion, como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo solo podia pensar en Cristo como hombre; mas es ansí que jamás le pude representar en mí, por mas que leia su her-

mosura y via imágenes, sino como quien está ciego ú ascuras, que aunque habla con una persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. De esta manera me acaecia á mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien! Bien parece que no aman á el Señor, porque si le amaran holgáranse de ver su retrato, como acá aún da contento ver el de quien se quiere bien.

En este tiempo me dieron las *Confesiones de San Agustin*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las avia visto. Yo soy muy aficionada á San Agustin, porque el monesterio adonde estuve seglar era de su Orden, y tambien por haber sido pecador, que en los Santos, que despues de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos avia de hallar ayuda, y que, como los avia el Señor perdonado, podia hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos solo una vez los avia el Señor llamado, y no tornaban á caer,

y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenia tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfié: de mí muchas veces.

¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podia conmigo, y cuán atada me via para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las *Confesiones*, paréceme me via yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso Santo. Cuando llegué á su conversion, y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, sigun sintió mi corazon: estuve por gran rato que toda me deshacia en lágrimas, y entre mí mesma con gran afliccion y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad, que avia de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podia vivir en tanto tormento, sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal. Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que

debía oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

Comenzóme á crecer la aficion de estar mas tiempo con Él, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas luego me volvía á amar á Su Majestad, que bien entendia yo, á mi parecer, le amaba, mas no entendia en qué está el amar de veras á Dios, como lo avia de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando Su Majestad me comenzaba á tornar á regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo le quisiese recibir, que era ya en estos postremos años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devocion, jamás á ello me atreví: solo le pedia me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los via tan grandes, aun desear regalos ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacia su piadad, y con verdad hacia mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que via yo si tanto Él no lo procura no viniera. Solo una vez en mi vida me acuerdo

pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacia, quedé tan confusa que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me avia atrevido á pedir. Bien sabia yo era lícito pedirla, mas parecíame á mí que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devocion con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues, con todo, creo me valieron, porque, como digo, en especial despues de estas dos veces de tan gran compuncion de ellas y fatiga de mi corazon, comencé mas á darme á oracion, y á tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino que, como digo, fueme ayudando Dios á desviarme. Como no estaba Su Majestad esperando sino algun aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré; cosa no usada darlas el Señor sino á los que están con mas limpia conciencia.

CAPÍTULO X.

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacia en la oracion y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envia, que de quí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor.

TENIA yo algunas veces, como he dicho, aunque con mucha brevedad pasaba, comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representacion que hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podia dudar que estaba dentro de mí, ú yo toda engolfada en Él. Esto no era manera de vision: creo lo llaman mística teoloxía; suspende el alma de suerte que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi per-

dida, el entendimiento no discurre, á mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

Primero avia tenido muy contino una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar; un regalo que, ni bien es todo sensual, ni bien espiritual: todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasion con tan graves dolores, su vida tan afligida; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama, otras muchas cosas que, quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algun amor, regálase el alma, enternécese el corazon, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace para no podernos resistir. Parece nos paga Su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da á un

alma ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razon de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

Paréceme bien esta comparacion que ahora se me ofrece, que son estos gozos de oracion, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto mas de lo que el Señor, conforme á lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho mas que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios la hace esta merced, ya casi le parece no hay mas que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razon, que una lágrima de estas que, como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa), no me parece á mí que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué mas ganancia que tener algun testimonio que contentamos á Dios? Así que, quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya

parece le quiere para su casa, y escojido para su reino, si no torna atrás.

No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos los da Dios sin ningun merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á Su Majestad, porque si no conocemos qué recibimos, no despertamos á amar; y es cosa muy cierta, que mientras mas vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, mas aprovechamiento nos viene y aun mas verdadera humildad. Lo demas es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria.

Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia para que, en comenzando el demonio á tentarle en este caso, lo entienda, y fortaleza para resistir; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo á Él y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos mas á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si

es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de nonada y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenia hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito, que entienda yo y vea y considere muchas veces, que solia hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querria sino hablar en Él? Hé aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida amar, que es todo el bien de la oracion fundada sobre humildad. Pues ¿qué será cuando vean en su poder otras joyas mas preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio de mundo y aun de sí mismos? Está claro, que se han de tener por mas deudores y mas obligados á servir, y entender que no teníamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan pobre y ruin, y de ningun merecimiento, como la mia, que bastaba la primer joya de estas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para

servir, y procurar no ser ingratos, porque con esa condicion las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy mas pobres, y dará Su Majestad las joyas á quien luzga, y aproveche con ellas á sí y á los otros. Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos de él y le aborrezcan, y todas las demas virtudes grandes que tienen los perfetos, si no tienen alguna prenda de el amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que no vamos á lo que presente vemos; y ansí estos mismos favores son los que despiertan

la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester mas de la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable, todo lo he avido menester.

Esto ellos lo dirán: yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan, y si no fuere bien, romperálo á quien lo envio, que sabrá mijor entender lo que va mal, que yo; á quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen. Desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores, (que así lo es á quien esto va), y si quisieren luego en mi vida, porque no engañe mas al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo de quí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á alguien le mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mijor que pueda por no ser conocida, y y ansí lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autori-

zar alguna cosa buena, si el Señor me die-
re gracia para decirla; que, si lo fuere, será
suya y no mia, por ser yo sin letras y buena
vida, ni ser informada de letrado ni de per-
sona ninguna; porque solos los que me lo
mandan escribir saben que lo escribo, y al
presente no está aquí, y casi hurtando el
tiempo, y con pena, porque me estorbo de
hilar, por estar en casa pobre y con hartas
ocupaciones: así que, aunque el Señor me
diera mas habilidad y memoria (que aun
con esta me pudiera aprovechar de lo que
oido ú leído), es poquísima la que tengo:
así que, si algo bueno dijere, lo quiere el
Señor para algun bien; lo que fuere malo,
será de mí y vuesa merced lo quitará. Para
lo uno ni para lo otro, ningun provecho tie-
ne decir mi nombre: en vida está claro que
no se ha de decir de lo bueno, en muerte
no hay para qué, sino para que pierda la
autoridad el bien y no le dar ningun crédi-
to, por ser dicho de persona tan baja y tan
ruin. Y por pensar vuesa merced hará esto,
que por amor del Señor le pido, y los de-
mas que lo han de ver, escribo con libertad;
de otra manera sería con gran escrúpulo,
fuera de decir mis pecados, que para esto

ninguno tengo: para lo demas, basta ser mujer para caérseme las alas, cuanti mas mujer y ruin. Y así, lo que fuere mas de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaracion de las mercedes que me hace Dios en la oracion, si fuere conforme á las verdades de nuestra santa fe católica, y si no, vuesa merced lo queme luego, que yo á esto me sujeto: y diré lo que pasa por mí, para que, cuando sea conforme á esto, podrá hacer á vuesa merced algun provecho; y si no desengañará mi alma, para que no gane el demonio, adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor, como despues diré, que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

Por claro que yo quiera decir estas cosas de oracion, será bien escuro para quien no tuviere espiriencia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por espiriencia, y despues tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que ha que tengo ora-

cion, me ha dado el Señor, me ha dado Su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien Su Majestad es, que bien sabe mi Señor, que no pretendo otra cosa en esto sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver, que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á Su Majestad que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con mas claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

CAPÍTULO XI.

Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfeccion en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparacion que pone, cuatro grados de oracion: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oracion.

RUES hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor, que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oracion al que tanto nos amó, es una dinidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡O Señor de mi alma y bien mio! ¿por qué no quisistes, que en determinándose un alma á amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozáse de subir á tener este amor perfeto? Mal he dicho: habia de decir y quejarme, porque no queremos nosotros, pues

toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan gran dinidad, pues en llegando á tener con perfeccion este verdadero amor de Dios, tray consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo á Dios, que, como Su Majestad no quiere gozemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay, con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos en no nos asir á cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos Santos lo hicieron. Mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ú los frutos, y quedámonos con la raiz y posesion. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no solo lo necesario, sino lo supérfluo, y á granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y, por ventura, peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece tambien que dejamos la honra en ser relisiosos,

ó en haber ya comenzado á tener vida espiritual, y á seguir perfeccion, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, despues de haberle de nuestra voluntad, al parecer, hecho Señor: así son todas las otras cosas. ¡Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luego le queremos á manos llenas, á manera de decir; tenernos nuestras afecciones, ya que no procuramos efetuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra; y muchas consolaciones espirituales con esto no viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro. Plega al Señor que gota á gota nos le dé Su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace á quien da gracia y ánimo para determinarse á procurar con todas sus fuerzas este bien, porque si persevera, no se niega Dios á nadie. Poco á poco va habilitando el ánimo para que salga con esta vitoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio

pone delante á los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no solo en perder aquel alma, sino muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios á llegar á la cumbre de la perfeccion, creo jamás va solo á el cielo, siempre lleva mucha gente tras sí: como á buen capitan, le da Dios quien vaya en su compañía. Póneles tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho y mucho favor de Dios.

Pues hablando de los principios de los que ya van determinados á seguir este bien y á salir con esta empresa (que de lo demas que comencé á decir de mística teulojía, que creo se llama así, diré mas adelante), en estos principios está todo el mayor trabajo, porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oracion lo mas es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder: y bienaventurados trabajos, que aun acá en

la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparacion, aunque yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algun modo, y podrá ser las menos veces acierte á que venga bien la comparacion: servirá de dar recreacion á vuesa merced, de ver tanta torpeza. Paréceme ahora á mí, que he leído ú oído esta comparacion, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni á qué propósito; mas para el mio ahora conténtame.

Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infrutuosa, que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oracion un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios, hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de sí gran olor, para dar re-

creacion á este Señor nuestro y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.

Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor que la ganancia, ú hasta qué tanto tiempo se ha de tener. Páreceme á mí que se puede regar de cuatro maneras: ú con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ú con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo lo he sacado algunas veces), es á menos trabajo que estotro, y sácase mas agua; ú de un rio ú arroyo, esto se riega muy mejor, que queda mas harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan amenudo, y es á menos trabajo mucho del hortelano; ú con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparacion mejor, que todo lo que queda dicho. Ahora pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua, de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse há, es lo que á mí me hace al caso, y ha parecido, que se podrá declarar algo de cuatro grados de oracion, en que el Señor, por su bondad,

ha puesto algunas veces mi alma. Plega á su bondad atine á decirlo, de manera que aproveche á una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses, harto mas adelante que yo estaba en decisiete años. Hase dispuesto mejor, y ansí sin trabajo suyo riega este verjel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera aún no se le da sino á gotas, mas va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor; y gustaré que se ria, si le pareciere desatino la manera de el declarar.

De los que comienzan á tener oracion, podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho; que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y aun ponerlo por obra las horas de la oracion, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada. Aunque esto, primeros y postreros todos lo han de hacer muchas veces, hay mas y menos de pensar en esto, como despues diré. Al principio aun da pena que no acaban de

entender que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan á servir á Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios; que sin este, ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo; y aun plega á Dios lo quiera tener, mas al menos no queda por nosotros, que ya vamos á sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores. Y es Dios tan bueno, que, cuando por lo que Su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros como buenos hortolanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devocion.

¿Pues qué hará aquí el que ve que en muchos dias no hay sino sequedad y desgusto y dessoro, y tan mala gana para venir á sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es

echar muchas veces el caldero en el pozo y sacarle sin agua lo dejaria todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto, no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortolano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran emperador, y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, sino á El, alábele mucho, que hace de él confianza, pues ve, que, sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, y piense que toda la vida vivió en ella; y no acá su reino, ni deje jamás la oracion, así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no dejar á Cristo caer con la cruz. Tiempo verná que se lo pague por junto; no haya miedo que se pierda el trabajo: á buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire que tambien los representaba el demonio á San Jerónimo en el desierto: su precio se tienen estos trabajos, que, como quien los pasó muchos años, que

cuando una gota de agua sacaba de este bendito pozo, pensaba me hacia Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester mas ánimo que para otros muchos trabajos de el mundo: mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque es ansí cierto, que una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de Sí, despues acá, me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oracion mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces á el principio, y otras á la postre, estos tormentos y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros. Y para bien nuestro creo nos quiere Su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dinidad las mercedes de despues, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé, porque no nos acaezca lo que á Lucifer.

¿Qué haceis vos, Señor mio, que no sea para mayor bien de el alma, que entendeis

que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para siguiros por donde fuerdes, hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudáros la á llevar, y á no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinacion... ¡no, no hay que temer, gente espiritual; no hay porque se afligir! puesto ya en tan alto grado, como es querer tratar á solas con Dios, y dejar los pasatiempos de el mundo, lo mas está hecho. Alabad por ello á Su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó á sus amigos. Atapad os los ojos de pensar, ¿por qué da aquel de tan pocos dias devocion, y á mí no en tantos años? Creamos, es todo para mas bien nuestro; guie Su Majestad por donde quisiere, ya no somos nuestros, sino suyos, harta merced nos hace en querer que queramos cavar en su huerto, y estamos cabe el Señor de él, que cierto está con nosotros; si él quiere que crezcan estas plantas y flores, á unos con dar agua, que saquen de este pozo, á otros sin ella, ¿qué se me da á mí? Haced Vos, Señor lo que quisierdes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habeis ya dado, por sola vuestra bondad; padecer quiero, Señor, pues Vos padecistes. Cúmplase en

mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega á Vuestra Majestad, que cosa de tanto precio como Vuestro amor, se dé á gente que os sirve solo por gustos.

Hase de notar mucho, y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oracion mental comienza á caminar con determinacion, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho porque falten estos gustos y ternura, ú la dé el Señor, que tiene andado gran parte de el camino; y no haya miedo de tornar atrás, aunque mas tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternuras, que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir mas me parece á mí eso, que no dar nosotras nada. Para mujercitas como yo, flaca y con poca fortaleza, me parece á mí conviene (como Dios ahora lo hace) llevarme con regalos, porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido Su Majestad tenga. Mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimien-

to, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devocion, que me hace desgusto oirlos: no digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá Su Majestad que conviene; mas que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues Su Majestad no la da, y anden señores de sí mesmos. Crean que es falta; yo lo he probado y visto. Crean que es imperfeccion y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinacion, sino por otros; que habrá muchos, que lo há que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio; que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada. En dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad y toma fuerza, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar que no mira el Señor en estas cosas, que, aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son: ya sabe Su Majestad nuestra miseria y

bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en Él y amarle. Esta determinacion es la que quiere; estotro afligimiento, que nos damos, no sirve de mas de inquietar el alma; y si habia de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muchas veces (yo tengo grandísima experiencia de ello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado despues á personas espirituales) que viene de indisposicion corporal; que somos tan miserables, que participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias de el cuerpo: y las mudanzas de los tiempos y las vueltas de los humores muchas veces hacen que, sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras mas la quieren forzar en estos tiempos es peor, y dura mas el mal; sino que haya discrecion para ver cuándo es de esto, y no la ahogen á la pobre. Entiendan son enfermos; múdese la hora de la oracion, y hartas veces será algunos dias. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma, que ama á Dios, ver que vive en esta miseria, y que

no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped, como este cuerpo. Dije con discrecion, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien ni siempre dejar la oracion cuando hay gran destraimiento y turbacion en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de licion, aunque á veces aun no estará para esto: sirva entonces á el cuerpo por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él á el alma; y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, ú irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la espiriencia, que da á entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento. Así que torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y destraimiento en los pensamientos, naide se apriete ni aflija. Si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado, comience á no se espantar de la Cruz, y verá cómo se la ayuda

tambien á llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados para que cuando la haya, sacarla, porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPÍTULO XII.

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor lo haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias.

Lo que he pretendido dar á entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir hasta lo que podemos nosotros adquirir, y cómo en esta primera devocion podemos nosotros ayudarnos algo; porque en pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos á compasion, y es

sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí. Y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo y su resurreccion, muévenos á gozo, que ni es del todo espiritual ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. De esta manera son todas las cosas que causan devocion, adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida merecer ni ganar, sino la de Dios. Estále muy bien á un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella; y nótese esto mucho, porque no le aprovechará mas de perder. Puede en este estado hacer muchos atos para determinarse á hacer mucho por Dios, y despertar el amor; otros para ayudar á crecer las virtudes, conforme á lo que dice un libro llamado *Arte de servir á Dios*, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbarse á enamorarse mucho de su Sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con Él, pedirle para sus necesidades, y quejársele de sus trabajos, alegrarse con Él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas,

sino palabras conforme á sus deseos y necesidad. Es ecelente manera de aprovechar y muy en breve, y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovecharé mucho de ella, y de veras cobrará amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devocion, como tengo dicho, sino agradecer á el Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer á Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio sigurísimo para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al sigundo grado de oracion, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer, porque es sobrenatural; y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad. Y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras mas llegados á Dios, mas adelante ha de ir esta virtud, y si no va todo perdido; y parece algun géne-

ro de soberbia querer nosotros subir á mas, pues Dios hace demasiado, sigun somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento á pensar cosas altas del cielo, ú de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenia habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruin que, aun para pensar cosas de la tierra, me hacia Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanti mas para las del cielo), otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un gran tesoro para este ejercicio, á mi parecer, si son con humildad. De unos dias acá lo he visto por algunos letrados, que há poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ánsias porque muchos fuesen espirituales, como adelante diré.

Pues lo que digo no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje de espíritu. Entenderme há quien tuviere alguna espiriencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende. En la mística teología, que comencé á decir, pierde de obrar el entendi-

miento, porque le suspende Dios, como despues declararé mas, si supiere, y Él me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él, porque nos quedaremos bobos y frios, y ni haremos lo uno ni lo otro; que cuando el Señor le suspende y hace parar, dale de que se espante y se ocupe, y que sin discurrir entienda más en un Credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del alma, y pensar hacerlas estar quedas, es desatino; y torno á decir que, aunque no se entiende, es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un desgustillo, como quien va á saltar y la asen por detrás, que ya parece ha empleado su fuerza, y hállase sin efectuar lo que con ella queria hacer: y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar este poquillo de falta de humildad que he dicho, porque esto tiene excelente virtud, que no hay obra á quien ella acompañe que deje el alma desgustada. Páreceme lo he dado á entender, y por ventu-

ra será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con la experiencia, que por poca que sea luego lo entenderán.

Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas, y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo á entender; que no me ha costado esto poco trabajo. Cuando Su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme á entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba: ú quería el Señor, como Su Majestad fué siempre mi maestro (sea por todo bendito, que harta confusion es para mí poder decir esto con verdad), que no tuviese á nadie que agradecer; y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto á entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo mas que mis confesores, porque entendía mijor mi

torpeza. Esto há poco, y así lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca á mi conciencia.

Torno otra vez á avisar que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiere; qué cosa es, se entiende luego. En especial para mujeres es mas malo, que podrá el demonio causar alguna ilusion, aunque tengo por cierto no consiente el Señor dañe á quien con humildad se procura llegar á Él, antes sacará mas provecho y ganancia por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros mas usado, y importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mijor, yo lo confieso, y que con harta confusion y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como avia de tener. Sea el Señor bendito por todo, que á una como yo quiere y consiente hable en cosas suyas tales y tan subidas.

CAPÍTULO XIII.

Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas. Es muy provechoso.

HÁME parecido decir algunas tentaciones que he visto que se tienen á los principios (y algunas he tenido yo), y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese á los principios andar con alegría y libertad, que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devocion si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasion donde suele ofenderá Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy enteros en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar; que siempre, mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza. Mas hay muchas cosas

adonde se sufre (como he dicho) tomar recreacion, aun para tornar al oracion mas fuertes. En todo es menester discrecion. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco á poco aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos Santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo, y poco á poco á ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere Su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí: y no he visto á ninguna de estas que quede baja en este camino, ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse á grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega á mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda.

Otro tiempo traia yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios: en mí bien entendia no podia nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustin: «Dame, Señor, lo que

me mandas, y manda lo que quisieres.» Pensaba muchas veces que no avia perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque despues temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primer estado es menester irse más deteniendo, y atados á la discrecion y parecer de maestro: mas han de mirar que sea tal que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á solo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad, porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oracion, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar á los Santos y desear ser mártires. Luego nos dice ú hace entender que las cosas de los Santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto tambien lo digo yo, mas hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar, porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos

ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto adonde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, ó cosas semejantes. Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado á la hacienda: que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra en quiriéndonos descuidar un poco de el cuerpo, y dar al espíritu. Luego parece ayuda á el recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oracion. De esto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios y tanto amor propio que nos inquiete ese cuidado. Y es ansí, que donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como á otros cosas grandes y de mucho tomo, y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios: y ansí será ello si se anda en justicia, y vamos asidos á virtud; mas es paso de gallina: nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de pro-

ceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado; y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes, mas procuraba esto que he dicho, tener oracion, mas vivir á mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara á volar, mas me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra; mas hay por nuestros pecados tan pocos, tan contados, que no tengan discrecion demasiada en este caso, que creo es harta causa para que los que comienzan no vayan mas presto á gran perfeccion; porque el Señor nunca falta ni queda por Él: nosotros somos los faltos y miserables.

Tambien se pueden imitar los Santos en procurar soledad y silencio, y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma, y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles.

Cuando ve un poco de temor, no quiere él mas para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud: hasta tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud siempre estuve atada, sin valer nada, y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decia yo: «Poco va en que me muera: sí, ¡el descanso! ¡no hé ya menester descanso, sino cruz!» Así otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentacion del demonio ú flojedad mia; que despues que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha mas salud. Así que va mucho á los principios de comenzar oracion, á no amilantar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por espiriencia; y para que escarmienten en mí, aun podrian aprovechar decir estas mis faltas.

Otra tentacion es luego muy ordinaria, que es desear que todos sean muy espiri-

tuales, como comienzan á gustar del sosiego y ganancia que es. El desearlo no es malo: el procurarlo podria ser no bueno, si no hay mucha discrecion y disimulacion en hacerse de manera que no parezca enseñan, porque quien hubiere de hacer algun provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes para que no dé tentacion á los otros. Acaeciómeme á mí, y por eso lo entiendo, cuando, como he dicho, procuraba que otras tuviesen oracion; que, como por una parte me vian hablar grandes cosas del gran bien que era tener oracion, y por otra parte me vian con gran pobreza de virtudes tenerla yo, traíalas tentadas y desatinadas; y con harta razon, que despues me lo han venido á decir, porque no sabian cómo se podia compadecer lo uno con lo otro, y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacia yo algunas veces, cuando les parecia algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que, por poco que sea, cuando es en una comunidad debe ganar mucho; cuanti mas que lo que

yo hacia malo era muy mucho. Y ansí en muchos años solas tres se aprovecharon de lo que les decia; y despues que el Señor me avia dado mas fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos ú tres años muchas, como despues diré. Y sin esto, hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo mas que hemos de procurar al principio, es solo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella: y esto es lo que le conviene mucho.

Da otra tentacion (y todas van con un celo de virtud que es menester entenderse y andar con cuidado), de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es solo la pena de querer que no ofendan á Dios, y pesarle por su honra, y luego querrian remediarlo. Inquieta esto tanto que impide la oracion, y el mayor daño es pensar que es virtud y perfeccion y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos, si los hubiese en costumbre, de una congregacion, ú daños de la Ilesia de estas herejías, adonde vemos perder tantas almas; que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oracion des-

cuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar á Dios. Esto conviene muy mucho, porque ¡si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intencion!... Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defetos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar que, aunque luego no se haga con perfeccion, se viene á ganar una gran virtud, que es tener á todos por mijores que nosotros, y comiézase á ganar por aquí con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, escusadas son las diligencias), y suplicarle nos dé esta virtud, que con que las hagamos no falta á nadie. Miren tambien este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa, y muchos concetos que de los que no pueden obrar con él, como yo hacia, no hay que avisar, sino que tengan paciencia hasta que el Señor les dé en que se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento que los ayuda.

Pues tornando á los que discurren, digo que no se les vaya todo el tiempo en esto;

porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oracion sabrosa, que ha de haber dia de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y, sin cansancio de entendimiento, se estén hablando y regalando con Él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razon que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, y lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gustosos y provechosos; si el gusto se usa á comer de ellos, train consigo gran sustentamiento para dar vida á el alma, y muchas ganancias.

Quiérome declarar mas, porque estas cosas de oracion todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender; y esto hace que, aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de oracion, solo tocarlas, mi torpeza no da lugar á decir y dar á entender en pocas palabras, cosa que tanto importa declararla bien. Que como yo pasé tanto, hé lástima

á los que comienzan con solos libros, que es cosa estraña cuán diferentemente se entiende de lo que despues de espirimentado se ve.

Pues tornando á lo que decia, ponémosnos á pensar un paso de la Pasion, digamos el de cuando estaba el Señor á la coluna. Anda el entendimiento buscando las causas que allí dan á entender los dolores grandes y pena que Su Majestad ternia en aquella soledad, y otras muchas cosas que, si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; ú que si es letrado, es el modo de oracion en que han de comenzar, y de mediar y acabar todos, y muy ecelente y siguro camino, hasta que el Señor los lleve á otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan mas en otras meditaciones que en la de la sagrada Pasion; que, ansí como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se aflijen en pensar en el infierno; otras en la muerte. Algunas, si son tiernas de corazon, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasion, y se regalan y aprovechan en mirar el poder

y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasion y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

Ha menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha mas. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado, que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla á sí mesma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta á maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y aflijidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacian lástima, y alguna que no sabia ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, aflijen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenia el maestro atada ocho años avia, á que no la dejaba salir de propio conocimiento, y tenía la ya el Señor en oracion de quietud, y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya me-

nester muchas veces tornar á ser niño y á mamar (y esto jamás se olvide, quizá lo diré mas veces porque importa mucho), porque no hay estado de oracion tan subido que muchas veces no sea necesario tornar á el principio. Y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oracion, y sin este pan no se podrian sustentar; mas háse de comer con tasa, que despues que un alma se ve ya rendida y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí? sino irnos á otras cosas que el Señor pone delante, y no es razon las dejemos; que Su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

Ansí que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia: si con esto tiene letras, es grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan mas, porque letrados puede procurar para comunicarse con ellos

cuando tuvieren necesidad. Digo que á los principios, si no tienen oracion, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo mas le querria sin oracion: y es gran cosa letras, porque estas nos enseñan á los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones á bobas nos libre Dios. Quiérome declarar mas, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta de no me saber dar á entender, como he dicho, sino á costa de muchas palabras. Comienza una monja á tener oracion: si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca á él que á su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta, porque si no es de religion, parecerle há es así; y si es mujer casada, dirála que es mejor cuando ha de entender en su casa estarse en oracion, aunque descontente á su marido: así que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á verdad: por faltarle á él la luz, no la da á los otros aunque quiere. Y aunque para esto parece no son menester

letras, mi opinion ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras mas mijor; y los que van por camino de oracion tienen de esto mayor necesidad, y mientras mas espirituales, mas. Y no se engañen con decir que letrados sin oracion no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he mas procurado con la mayor necesidad, y siempre fuí amiga de ellos, que aunque algunos no tienen espiencia, no aborrecen á el espíritu, ni le inoran; porque en la Sagrada Escritura, que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí que persona de oracion que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oracion, si no tienen espíritu. Ya dije es menester espiritual maestro; mas, si este no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos:

aunque no tengan espíritu me aprovechará, y Dios le dará á entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídome á mí con mas de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo de estar sujeta á solo un maestro, que yerra mucho en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto á su Prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento á quien no le tenga bueno: al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe á Dios, que puede escojer á quién ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias, porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los inorantes inoramos. Espántanme muchas veces letrados, religiosos en especial, con el trabajo que han ga-

nado lo que sin ninguno, mas de preguntarlo, me aprovecha á mí. ¡Y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! ¡No plega á Dios! Véolos sujetos á los trabajos de la religion, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos á la obediencia, que algunas veces me es gran confusion, cierto; con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz: paréceme sería gran mal que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo dan guisado, como dicen, y viviendo á nuestro placer; que por tener un poco de mas oracion, nos hemos de aventajar á tantos trabajos. ¡Bendito seais Vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertais á tantos que no despierten! Habia de ser muy continua nuestra oracion por estos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tenpestades como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, mas resplandecerán los buenos. Plega el Señor los tenga de su mano y los ayude, para que nos ayuden, amen.

Mucho he salido de propósito de lo que

comencé á decir; mas todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino.

Pues tornando á lo que decia, de pensar á Cristo á la coluna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas no se canse siempre en andar á buscar esto, sino que se esté allí con Él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y hable y pida, y se humille y regale con Él, y acuerde que no merecia estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oracion, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oracion: al menos hallóle mi alma. No sé si acierto á decirlo. Vuesa merced lo verá. Plega el Señor acierte á contentarle siempre. Amen.

CAPÍTULO XIV.

Comienza á declarar el segundo grado de oracion, que es ya dar el Señor á el alma á sentir gustos mas particulares: decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar.



UES ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuán á fuerza de brazos, sacando el agua del pozo, digamos ahora el segundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que, con artificio de con un torno y arcaduces, sacase el hortolano mas agua y á menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino trabajando. Pues este modo aplicado á la oracion que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza á recojer el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es que parece que algun tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el enten-

dimiento, y henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua mas alto, y ansí se trabaja muy menos que en sacarla del pozo. Digo que está mas cerca el agua, porque la gracia dase mas claramente á conocer á el alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con mas gusto, mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que, sin saber cómo, se cativa, solo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cativo de quien ama. ¡O Jesús y Señor mio, qué nos vale aqui vuestro amor! porque este tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos.

Las otras dos potencias ayudan á la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien, puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto. Mas entonces no haga caso de ellas, sino estése en su gozo y quietud, porque, si las quiere recoger, ella y ellas se perderán; que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlas ellas, y van á buscar de comer

por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen, á ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el Señor quiere échales cebo, detiénense, y si no, tórnanle á buscar; y deben pensar que hacen á la voluntad provecho, y á las veces, en querer la memoria ú imaginacion representarla lo que goza, la dañará. Pues tenga aviso de haberse con ellas como diré. Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oracion aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso á paso, y saca muy mucha mas agua que no sacaba del pozo. Las lágrimas, que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten no se procuran.

Este agua de grandes bienes y mercedes, que el Señor da aquí, hacen crecer las virtudes muy mas sin comparacion que en la oracion pasada, porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo las hace mas crecer, y tambien llegar mas cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios, porque comienza Su Majestad á comunicarse á

esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiéndase luego, en llegando aquí, á perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias, porque ve claro que un memento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que basten á dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adónde está este contento, porque nunca falta un *sí*, *no*. Aquí todo es *sí* en aquel tiempo: el *no* viene despues, por ver que se acabó, y que no lo puede tornar á cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á penitencias y oraciones, y todas las demas cosas, si el Señor no lo quiere dar aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está Su Majestad tan cerca de ella, que ya no há menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con Él, y no á voces, porque está ya tan cerca que en meneando los labios la entiende.

Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que du-

dar que es ansí; mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfacion interior y exterior que la da, y en la diferencia que, como he dicho, hay de este deleite y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esta satisfacion, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo á entender, porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar á entender qué es auxilio general ó particular, que hay muchos que lo inoran; y como este particular, quiere el Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y tambien para muchas cosas que irán erradas; mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque ansí de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo á poder de quien va, que entenderán y quitarán

lo que fuere mal. Pues querría dar á entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza á hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo á mí, es gran trabajo si no hay quien le entienda; y es la gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado de estos, porque hé yo pasado mucho, y perdido harto tiempo, por no saber qué hacer, y hé gran lástima á almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque, aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco, y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efetos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan á ser sobrenaturales, para que se entienda por los efetos cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme á lo que acá se pueda entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que, aunque sea de

Dios, alguna vez podrá trasfigurarse el demonio en ángel de luz, y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy en la cumbre de la oracion. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así ha menester Su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad, y con otras hartas ocupaciones, como estoy en casa que ahora se comienza, como despues se verá, y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino á pocos á pocos, y esto quisiérale, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mijor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquel labor; mas si el espíritu falta, no hay mas concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, á manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oracion. Y así me parece es grandísima ventaja cuando lo escribo estar en ello, porque veo claro no só yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir: esto me acaece muchas veces.

Ahora tornemos á nuestra huerta ó verjel, y veamos cómo comienzan estos árbo-

les á empreñarse para florecer, y dar despues fruto, y las flores y los claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparacion, porque muchas veces en mis principios (y plega el Señor haya yo ahora comenzado á servir á Su Majestad, digo, principio de lo que diré de quí adelante de mi vida) me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, á lo que parecia, á querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no queria nada para mí, y cortase las que quisiere, que ya sabia avian de salir mijores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco, y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca á el pobre hortolano que todo el que ha tenido en sustentarle y regalarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raiz las yerbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la

gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo á crecer las flores.

¡O Señor mio y Bien mio! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas, y gran regalo de mi alma, que querais Vos, Señor, estar así con nosotros, y estais en el Sacramento que con tanta verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparacion; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, que Vos os holgais con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! ¡O Señor mio! ¿Qué es esto? Siempre que oyo esta palabra me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue á que Vos la hagais mercedes semejantes y regalos, y á entender que Vos os holgais con ella, que os torne á ofender despues de tantos favores y tan grandes muestras del amor que le teneis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? ¡Sí hay por cierto, y no una vez, sino muchas, que so yo! y plega vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan ece-

siva ingratitud porque aun ya de ella algun bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, mas resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razon las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mio, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habeis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan lo que las ven, y á mí me sacan de mí muchas veces, para poderos mijor alabar á Vos que estando en mí sin Vos, no podria, Señor mio, nada, sino tornar á ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase á servir de muladar como antes. No lo primitais, Señor, ni querais se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, tantas veces de nuevo la habeis tornado á rescatar, y quitar de los dientes del espantoso dragon. Vuesa merced me perdone que salgo de propósito, y como hablo á mi propósito, no se espante, que es como toma á el alma lo que se escribe, que á las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará á vuesa merced mal gusto, porque entramos,

me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho mas lo que yo debo á Dios, porque me ha perdonado mas; como vuesa merced sabe.

CAPÍTULO XV.

Prosigue en la mesma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oracion de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oracion, y pocas que pasan adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

A HORA tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento de el alma, es cosa que se siente mucho en la satisfacion y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele, como no ha llegado á mas, que no le queda que desear, y que de buena gana diria con San Pedro que fuese allí su morada. No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien, ni resolgar algunas veces no

querria. No entiende la pobrecita que, pues ella por sí no pudo nada para traer á sí aquel bien, que menos podrá detenerle mas de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud, no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que, mientras aquello dura, aunque las dos potencias se disbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, antes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria; porque, aunque ella aún no está de todo punto engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que, por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

Plega á Su Majestad me dé gracia para que yo dé esto á entender bien, porque hay muchas almas que llegan á este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa. A buen siguro que no falta Dios, que ya que Su Majestad hace merced que llegue á este punto, no creo cesára de hacer muchas mas, si no fuese por nuestra

culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dinidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razon no avia de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, sino queda por su culpa, y desventurada será si torna atrás. Yo pienso será para ir hácia abajo, como yo iba si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas, á mi parecer, ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y ansí ruego yo, por amor del Señor, á las almas á quien Su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen á este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presuncion, para no tornar á las ollas de Ejito. Y sí por su flaqueza y maldad, y ruin y miserable natural, cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razon de tenerle) que si no tornan á la oracion, han de ir de mal en peor. Que esta llamo yo verdadera caida, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han

de ofender á Dios, y caer en pecados, aunque sería razon se guardase mucho de ellos quien ha comenzado á recibir estas mercedes: mas somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oracion, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse; y crea, crea que si de esta se aparta, que lleva, á mi parecer, peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.....

Es, pues, esta oracion una centellica que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado de el demonio, ó procurado por nosotros, aunque á quien tiene experiencia, es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, mas quédase muy en frio bien en breve, porque, por mucho que quiera comenzar á hacer arder el fuego para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle.

Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido, y si no la matan por su culpa, esta es la que comienza á encender el gran fuego, que echa llamas de sí, como diré en su lugar, del grandísimo amor de Dios, que hace Su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal ó prenda que da Dios á esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas: es gran don, mucho mas de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe haber, que por algo nos sustenta Dios: digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar, que miren no ascondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos: y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho,

teman, y hayan miedo no se hagan á sí mal, y plega á Dios sea á sí solos.

Lo que ha de hacer el alma en los tiempos de esta quietud, no es mas de con suavidad y sin ruido. Llamo ruido andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias de este beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias á mí cansan á ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios á fuerza de brazos; y que estos son unos leños grandes puestos sin descrecion para ahogar esta centella, y conózcalo y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? ú palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer, que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza ó trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta union de la voluntad y sosiego,

y el entendimiento muy desbaratado), mas vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja, porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas á otras se fuesen todas, mal se podria labrar la miel. Así que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza á ordenar pláticas y buscar razones en tantito, si son bien dichas, pensará hace algo.

La razon que aquí ha de aver, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir á Su Majestad mercedes, y rogarle por la Ilesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas de purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oracion que comprende mucho, y se alcanza mas que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la mesma razon se representarán, de verse tan mijorada para avivar este amor, y haga algunos atos amorosos, de que hará por quien

tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, á que busque grandes cosas. Mas hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros), y mas le ayudan á encender, que no mucha leña junta de razones muy dotas, á nuestro parecer, que en un Credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados, que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y despues, aquí en estos ratos de oracion, poca necesidad hay de ellas, á mi parecer, si no es para intibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces, de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es ansí, que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latin, en especial del Salterio, no solo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos si hubiesen de predicar ó enseñar, que entonces bien es ayudarse de aquel bien

para ayudar á los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios: ansí que en estos tiempos de quietud dejar descansar el alma con su descanso. Quédense las letras á un cabo: tiempo verná que aprovechen á el Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir á Su Majestad, porque ayudan mucho; mas adelante de la sabiduría infinita, créame, que vale mas un poco de estudio de humildad, y un ato de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues Su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos.

Tambien se mueve el entendimiento á dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace mas hacimiento de gracias, que quanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura pue-

de hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oracion mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, ó pudiesen; porque, si la quietud es grande, puédese mal hablar, sino es con mucha pena. Siéntese, á mi parecer, cuando es espíritu de Dios, ó procurado de nosotros. Con comienzo de devocion que da Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros á esta quietud de la voluntad, no hace efeto ninguno; acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada paréceme lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efetos que hace el de Dios: no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

Puede hacer aquí poco daño ú ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente, á Dios, y poner en Él sus pensamientos y deseos, como queda avisado: no puede ganar nada el demonio, antes primitirá Dios, que con el mesmo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará á que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces á la oracion con codicia de Él; ú, si es alma humilde y no curiosa, ni interesal de de-

leites (aunque sean espirituales), sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oracion y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oracion, en la primera agua, que es gran negocio comenzar las almas oracion, comenzándose á desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas á solo ayudar á llevar la cruz á Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir á su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpétuo reino que pretendemos ganar.

Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que despues tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer á la memoria lo poco que dura todo, y cómo no es todo nada, y en lo no nada que

se ha de estimar el descanso: parece que esto es cosa muy baja, y ansí es verdad, que los que están adelante en mas perfeccion, ternian por afrenta, y entre sí se correrian, si pensasen que porque se han de acabar los bienes de este mundo los dejan, sino que, aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y mientras mas perfetos fueren, mas, y mientras mas duraren, mas. Aquí en estos está ya crecido el amor, y él es el que obra, mas á los que comienzan esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun á los muy encumbrados en oracion, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que Su Majestad los deja. Que, como ya he dicho, y no querria esto se olvidase, en esta vida en que vivimos, no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece. Mas un niño, despues que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna á decrecer, y á tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí, á lo que yo he visto por mí, que no lo sé por mas. Debe ser por humillarnos para nuestro gran bien,

y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que mas alto estuviere, mas se ha de temer y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender á Dios, estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfeccion se dejarían atormentar, y pasarían mil muertes, que para no hacer pecados, siguen se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, sea menester aprovecharse de las primeras armas de la oracion, y tornen á pensar que todo se acaba, y que hay cielo y infierno, y otras cosas de esta suerte. Pues tornando á lo que decia, gran fundamento es para librarse de los ardidés y gustos que da el demonio, el comenzar con determinacion de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mismo Señor mostró este camino de perfeccion, diciendo. «Toma tu cruz y sígueme.» Él es nuestro dechado; no hay que temer, quien por solo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que viéren en sí entenderán que no es demonio; que, aunque tornen á caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es le-

vantarse presto, y estas que ahora diré.

Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusion, porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparacion de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusion que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos que ningun bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, mas. Pone un gran deseo de ir adelante en la oracion, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; á todo se ofrece. Una siguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónele el fiel temor muy mas crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, y desea ratos de soledad para gozar mas de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por en-

tonces se podrá determinar á que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna á ver con quiebras é imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema, aunque almas hay que les aprovecha mas creer cierto que es Dios, que todos los temores que le puedan poner: porque si de suyo es amorosa y agradecida, mas la hace tornar á Dios la memoria de la merced que la hizo, que todos los castigos de el infierno que le representen. Al menos la mia, aunque tan ruin, esto le acaecia.

Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo mas, como á quien le cuestan muchos trabajos sacarlas en limpio, no las digo ahora aquí; creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo: porque (dejado la experiencia, en que he mucho entendido) sólo de algunos letrados, y personas muy santas, á quienes es razon se dé crédito: y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad de el Señor, como yo he andado.

CAPÍTULO XVI.

Trata tercer grado de oracion, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí.

VENGAMOS ahora á hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de rio ó de fuente, que se riega muy á menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar á el hortolano de manera, que casi Él es el hortolano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es mas sin comparacion que lo pasado; es que da el agua á la garganta á esta alma de la gracia, que no puede ya ir adelante, ni sabe cómo ni tornar atrás: querria gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela

en la mano que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi de el todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así, que me dió el Señor en abundancia esta oracion, creo cinco y aun seis años, muchas veces, y que ni yo la entendia, ni la supiera decir; y así tenia por mi, llegada aquí, decir muy poco ú nada. Bien entendia que no era del todo union de todas las potencias, y que era mas que la pasada muy claro; mas yo confieso, que no podia determinar y entender cómo era esa diferencia. Creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mia, me dió el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oracion, sin poder ir adelante, y me puso estas comparacio-

nes, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté, y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada, y embriagada en este amor, y jamás habia podido entender cómo era. Bien entendia que era Dios, mas no podia entender cómo obraba aquí; porque, en hecho de verdad, están casi de el todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

Solo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podria entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanzas de Dios, sin concierto, si el mesmo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querria dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor. Aquí querria el alma que todos la viesen, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayu-

dasen á ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que queria llamar ó llamaba á sus vecinas. Esto me parece debia sentir el admirable espíritu del Real Profeta David, cuando tañia y cantaba con la arpa, en alabanzas de Dios. De este glorioso Rey so yo muy devota, y querria todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

¡O, válame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querria fuese lenguas para alabar á el Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona que con no ser poeta, le acaecia hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar mas la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella á su Dios. Todo su cuerpo y alma querria se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena siente. ¿Qué se le porná entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor? Ve claro que no hacian casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien

el alma, viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar á tener seso para vivir en el mundo, y de haber de tornar á los cuidados y cumplimientos de él? Pues no me parece he encarecido cosa, que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seais por siempre, Señor: alaben os todas las cosas por siempre. Querred ahora, Rey mio, suplícooslo yo, que, pues cuando esto escribo no estoy fuera de santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me haceis esta merced, que ú estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ú primitais que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me saca de él. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin Vos le vienen, que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya

no querria vivir en sí, sino en Vos. ¡O verdadero Señor y gloria mia, qué delgada y pesadísima cruz teneis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces, que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querria jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querria carga muy mas pesada, y nunca hasta la fin del mundo morir: no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, mas bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos.....

¡O hijo mio!, á quien esto va dirigido y me lo manda escribir, sean solo para Vos algunas cosas de las que viere vuesa merced salgo de términos; porque no hay razon que baste á no me sacar de ella, cuando me saca el Señor de mí. No creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgú; paréceme que sueño lo que veo, y no querria ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico á vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron: pues dice vuesa

merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo mas que todos; no me consienta vuesa merced, padre mio, pues es mi confesor y á quien he fiado mi alma: desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

Este concierto querria hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad y ordenar maldades y herejías procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos á otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar mas á Dios; que no hay quien tan bien se conozca á sí, como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intencion ternán, y la obra lo será, mas así se enmiendan pocos. Mas ¡como no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos! ¿Sabe qué me parece? Por-

que tiene mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese mas de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra, que no se les daba más á trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy esta, mas querríalo ser. ¡O gran libertad! tener por cativerio haber de vivir y tratar conforme á las leyes del mundo; que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar á su tierra. Y, pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor.

Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida.

CAPÍTULO XVII.

Prosigue en la mesma materia de declarar este tercer grado de oracion: acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginacion y memoria.

RAZONABLEMENTE está dicho de este modo de oracion, y lo que ha de hacer el alma; ú por mejor decir hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortolano, y quiere que ella huelgue. Solo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza y se ha de ofrecer á todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto: porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir de este cuerpo; y ¡qué venturosa muerte sería!

Aquí me parece viene bien, como á vuestra merced se dijo, dejase del todo en los brazos de Dios; si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su Bien; si acabar del todo la vi-

da, eso quiere; si que viva mil años, tambien. Haga Su Majestad como de cosa propia; ya no es suya el alma de sí mismo: dada está del todo á el Señor, descuídese del todo. Digo, que en tan alta oracion como esta (que, cuando la da Dios á el alma, puede hacer todo esto y mucho mas, que estos son sus efetos) entiende que lo hace sin ningun cansancio del entendimiento; solo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortolano, y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar á oler las flores. Que en una llegada de estas, por poco que dure, como es tal el hortolano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre de el alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortolano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera, que se puede sustentar de su huerto, quiriendo el Señor. Mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido de ella, que no se le vaya en gostaduras y no dándole nada de provecho, ni pagándosela á quien la diere, sino

que los mantenga y dé de comer á su costa, y quedarse há él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos y sabránlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

En fin, es que las virtudes quedan ahora mas fuertes que en la oracion de quietud pasada porque se ve otra el alma y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran, para que ella vea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podia ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortolano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y mas profunda, que al alma queda que en lo pasado; porque ve mas claro, que poco ni mucho hizo, sino consentir que la hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

Paréceme este modo de oracion union muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere Su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas y muchas veces, estando unida á la voluntad (para que vea vuesa merced pue-

de ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere: al menos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí), entiéndese que está la voluntad atada y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oracion de quietud que dije, porque allí está el alma que no se querria bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María: en esta oracion puede tambien ser Marta; así que está casi obrando juntamente en vida ativa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios, que convengan á su estado, y leer. Aunque no del todo están señores de sí; y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfaccion y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que teniendo tiempo de soledad, ó desocupacion de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud. Es un andar

como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que no á todo manjar arrostraria; mas no tan harta, que, si los ve buenos, deje de comer de buena gana. Ansí no le satisface, ni querria entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface mas; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar mas, de estar con Él: esto es lo que quiere.

Hay otra manera de union, que aún no es entera union, mas es mas que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es, y qué gracia; y otra es saber decir la y dar á entender cómo es: y, aunque no parece es menester mas de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa, é ir con mas ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; que por cada una es razon alabe

mucho á el Señor, quien la tiene, y quien no, porque la dió Su Majestad á alguno de los que viven, para que nos aprovechase á nosotros. Ahora pues, acaece muchas veces esta manera de union que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced de esta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hácia dónde mirar: uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

La memoria queda libre, y junto con la imaginacion debe ser, y ella como se ve sola, es para alabar á Dios la guerra que da, y cómo procura desasosegarlo todo: á mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico á el Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse á sí? Aquí veo el mal que nos causa el pecado, pues ansí nos sujetó á no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece á

veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria), que veo deshacerse mi alma, por verse junta adonde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le dan tal guerra la memoria y imaginacion, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen, aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar digo, para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un sér. Como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas: así anda de un cabo á otro. En extremo, me parece le viene á el propio esta comparacion, porque, aunque no tiene fuerza para hacer ningun mal, importuna á los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios á entender, que de buena gana le tomaria por mí, que me atormenta como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios; pues esta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras, que están con Su Majestad, el descanso que nos dan.

El postrer remedio que he hallado, á cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oracion de quietud, que no se haga caso de ella mas que de un loco, sino dejarla con su tema, que solo Dios se la puede quitar, y en fin, aquí por esclava queda. Hémoslo de sufrir con paciencia, como hizo Jacob á Lia; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque en fin no puede, por mucho que haga, traer á sí las otras potencias; antes ellas sin ningún trabajo la hacen venir á sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela Su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural; casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

En todas estas maneras, que de esta postrera agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa de el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor de-

clarar estos estados, en que se ve el alma, á mi parecer, lo mas que acá se puede dar á entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí y tenga letras: si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho á Su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es, mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo. Como le haya dado Su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo, amen.

CAPÍTULO XVIII.

En que trata del cuarto grado de oracion: comienza á declarar la gran dinidad en que el Señor á el alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oracion, para que se esfuercen á llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra, aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor.

EL Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aún mas que para la pasada; porque en ella aún siente el alma no está muerta del todo, que ansí lo podemos decir, pues lo está á el mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad y aprovéchase de lo exterior para dar á entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oracion y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortolano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querria salir de

él, y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpense todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa interior, ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que, como digo, hagan algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza mas sin comparacion, y puédesse dar á entender muy menos, porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es union de todas las potencias, que, aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede ya no es union. El cómo es esta que llaman union, y lo que es, yo no lo sé dar á entender: en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender qué es *mente*, ni qué diferencia tenga del *alma ó espíritu* tampoco: todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma, á manera de un

fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán, que yo no lo sé decir mas con sus letras.

Lo que yo pretendo declarar es, qué siente el alma cuando está en esta divina union. Lo que es union, ya se está entendido, que es, dos cosas divisas hacerse una. ¡O Señor mio, qué bueno sois! Bendito seais para siempre: alaben os, Dios mio, todas las cosas, que así nos amastes, de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicacion, que aun en este destierro teneis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza y mananimidad: en fin, vuestra, Señor mio, que dais como quien sois. ¡O largueza infinita, cuán maníficas son vuestras obras! Espanta á quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¡Pues que hagais á almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas! Cierto á mí me acaba el entendimiento, y, cuando llego á pensar en esto, no

puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disvarates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer (que estando en ellas, ya he dicho, que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirá lo que haceis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mio, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habeis ya visto de otras veces, que lo torno á derramar. No pongáis tesoro semejante, adonde aún no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza de esta ciudad, y llaves de la fortaleza de ella á tan cobarde alcayde, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, ó Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mio, se da ocasion para que tengan en poco, pues las poneis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan fla-

ca y miserable, y de tan poco tomo, que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, segun yo soy), no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece que no solo se asconden los talentos, sino que se entierran, en ponerlos en tierra tan astrosa. No soleis vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas. *Ya sabeis*, Dios mio, que de toda voluntad y corazon os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra porque las hagais Vos á quien con este bien mas aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veia despues mi necesidad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no habia fuerzas en mi alma para salvarse, si Su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

Tambien pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, ó si es parte para llegar á tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu ó juntamiento

con el amor celestial; que, á mi entender, es diferente la union del levantamiento en esta misma union.

A quien no lo hubiere probado lo postre-
ro, parecerle ha que no; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferen-
te manera, y en el crecimiento del desasir de las criaturas mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, ó lo parezca; mas un fuego pequeño, tam-
bien es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á lo otro. En un fuego pequeño primero que un hie-
rro pequeño se hace ascua, pasa mucho es-
pacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su sér, al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado á arrobamientos lo entenderá bien: si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo ha-
blar en una cosa tal, y dar á entender algo de lo que parece imposible aun haber pala-
bras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

Mas creo esto del Señor (que sabe Su Majestad, que despues de obedecer, es mi intencion engolosinar las almas de un bien tan alto), que me haya en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho, y es ansí, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecia imposible saber tratar cosa, mas que hablar en griego, que así es ello dificultoso. Con esto lo dejé y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor que ansí favorece á los inorantes. ¡O virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras puniéndome delante cómo lo habia de decir, que (como hizo en la oracion pasada) Su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y ansí lo que fuere bueno, es suya la dotrina; lo malo está claro, es del piélagos de los males, que soy yo: y ansí digo, que, si hubiere personas, que hayan llegado á las cosas de oracion que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas), y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles desca-minadas, que ayudára el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

Ahora, hablando de esta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortolano; y á no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas: ya se ve qué deleite tuviera; mas, mientras vivimos, es imposible. Siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando mas descuidado está el hortolano. Verdad es que á los principios casi siempre es despues de larga oracion mental; que de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descansase: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida; ¡y qué gran premio, que basta un memento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

Estando ansí el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de des-

mayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera, que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, y no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar, porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido. Esta oracion no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasion, pues así quitó

las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mí así me acaecia), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad; mas bien se entiende en la sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspension de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca, á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oracion, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan

á perder de sí para estar muy mas ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginacion en nada (que á mi entender tambien se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente. Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto mas decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oracion que escribo) qué hacia el alma en aquel tiempo: Dijome el Señor estas palabras..... *Deshácese toda, hija, para ponerse mas en mí; ya no es ella la que vive, sino Yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo.....* Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir mas claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden

de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido de él: si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Ansí que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas: ya no puede mas bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende: yo no acabo de entender esto.

Acaecióme á mí una inorancia á el principio, que no sabia que estaba Dios en todas las cosas; y, como me parecia estar tan presente, parecíame imposible: dejar de creer que estaba allí no podia, por parecerme casi claro habia entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenian letras, me decian que estaba solo por gracia; yo no lo podia creer, porque, como digo, parecíame estar presente, y ansí andaba con pena. Un gran letrado de la órden del glorioso Pa-

triarca Santo Domingo me quitó de esta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunica con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender, que siempre este agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

CAPÍTULO XIX.

Prosigue en la misma materia: comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oracion. Persuade mucho á que no tornen atrás, aunque despues de esta merced tornen á caer, ni dejen la oracion. Dice los daños que vendrán de no hacer esto; es mucho de notar, y de gran consolacion para los flacos y pecadores.



UEDA el alma de esta oracion y union con grandísima ternura; de manera que se querria deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas. Hállase bañada de ellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace mas

crecer: parece esto algarabía, y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término de oracion, estar tan fuera de mí, que no sabia si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que habia sentido, y de verme llena de agua, que sin pena distilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo, via que no habia sido sueño: esto era á los principios, que pasaba con brevedad.

Queda el ánima animosa, que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza de los deseos, el encomenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy mas aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad mas crecida; porque ve claro que para aquella ecesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fue parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indinísima, porque en pieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida. Ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podria tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi

consentimiento, sino que parece, aunque no quiso, le cerraron la puerta á todos los sentidos para que mas pudiese gozar del Señor. Quédase sola con Él; ¡qué ha de hacer sino amarle! Ni ve, ni oye, si no fuese á fuerza de brazos; poco hay que la agradecer. Su vida pasada se le representa despues, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querria deshacer ahora. Bendito seais, Señor mio, que así haceis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seais alabado, ¡ó regalo de los ángeles! que así quereis levantar un gusano tan vil.

Queda algun tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar á repartir de ella, y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á

los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa: querríanle ayudar á comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones y mormuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto), y si está mulida, con ir muy desasida de propio interés, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra que aún se está en la tierra, y con tantas espigas, como yo á el principio estaba, y aún no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hortolano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna á querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció á mí algunas veces: que, cierto, yo me espanto; y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer. Escríbolo para consuelo de las almas flacas como la mia, que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios: aunque despues de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desma-

yen, si no se quieren perder del todo; que *lágrimas todo lo ganan*; un agua trae otra. Una de las cosas por que me animo, siendo la que soy, á obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido esta; que, cierto, yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: á el Señor suplico, Su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oracion con decir:—Si torno á ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio de ella. Yo lo creo si se deja la oracion, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará á puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que, como ya he dicho, la dejé año y medio, al menos un año, que de el medio no me acuerdo bien; y no fuera mas, ni fué, que meterme yo misma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir á el infierno. ¡O, válame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que ten-

ga con perseverancia oracion, la tiene perdida; y que todas las caidas que la hace dar, la ayudan por la bondad de Dios, á dar despues mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

¡O Jesus mio! ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caida en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornais á dar la mano y la levantaiis, cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas, aquí el no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque; aquí invoca los santos que cayeron despues de haberlos Vos llamado, para que le ayuden; aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa; el acudir á los sacramentos; la fe viva que aquí le queda, de ver la virtud que Dios en ellos puso; el alabaros porque dejaste tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no la sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase de esto, y ¿quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de mi-

sericordia tan grande y merced tan crecida, á traicion tan fea y abominable? que no sé cómo no se me parte el corazon, quando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones; siempre haciendo males, y procurando deshacer las mercedes que Vos me habeis hecho. Ponedlas Vos, Señor mio, valor: aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentacion en echar juicios, como me la ha dado á mí, pensando, ¿por qué, Señor, dejais unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajado, criadas en religion, y siéndolo, y no como yo, que no tenia mas del nombre, y ver claro que las haceis las mercedes que á mí? Bien via yo, Bien mio, que les guardais Vos el premio para dárselo junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratais como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabeis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando á las personas que me mormuraban, porque me parecia les sobraba razon. Esto

era ya, Señor, despues que me teníades por vuestra bondad para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecia os podia enojar; que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, segun con brevedad comenzastes á no solo darlos, sino á querer entendiesen me los dábades.

Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinion de la que todos aún no tenian bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucia. Comenzó la mormuracion y persecucion de golpe, y á mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos á Vos mirádes la razon que tenian. Decian que me queria hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aún á cumplir toda mi regla, ni á las muy buenas y santas monjas que en casa habia, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres que no lo eran; al menos

hacía lo que podia para ponerlas, y en el mal podia mucho. Ansí que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo primitiades Vos.

Una vez rezando las Horas, como algunas tenia esta tentacion, llegué al verso que dice, *justus es, Domine, y tus juicios*, comencé á pensar cuán gran verdad era. Que en esto no tenia el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase teneis Vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecia, mientras mas sin camino natural iban, mas firme la tenia, y me daba devocion grande: en ser todopoderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hiciérades Vos; y en esto, como digo, jamás tenia duda. Pues pensando cómo con justicia primitiades á muchas que habia, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenian los regalos y mercedes que me hacíades á mí, siendo la que era, respondídesme, Señor: «*Sírveme tú á mí, y no te metas en eso.*» Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y ansí me espantó mucho; porque despues declararé esta manera

de entender, con otras cosas: no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo har-to he salido de él. Casi no sé lo que me he dicho; no puede ser menos, sino que ha vuesa merced de sufrir estos intérvalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

Plega el Señor que siempre sean esos mis desatinos, y que no primita ya Su Majestad tenga yo poder para ser contra Él un punto, antes en este que estoy se consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A San Pedro una vez que lo fué, á mí muchas, que con razon me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mio, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disvarate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada á la coluna y báculo, que me ha de sustentar para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que ha pasado el pe-

ligro tan peligroso, como esta invencion, que el demonio me enseñaba por via de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes, habia de llegarme á la oracion? Que me bastaba rezar lo que debia, como todas; mas que aun pues esto no hacia bien, ¿cómo queria hacer mas? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, mas ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seais Vos, Señor, que así me remediastes. Principio de la tentacion que hacia á Judas me parece esta, sino que no osaba el traidor tan al descubierto; mas él viniera de poco en poco á dar conmigo adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oracion. Sepan que el tiempo que estuve sin ella, era mucho mas perdida mi vida: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad; un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo habia de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenia presente las mercedes y favores, veia los contentos de acá ser asco, ¿cómo pudo pasar me espanto! Era con esperanza,

que nunca yo pensaba (á lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto mas de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar á la oracion, mas esperaba á estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el dia del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno; pues teniendo oracion y licion, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, é importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin que no me podia valer. Apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó de este sueño: él me hizo, como creo he dicho, comulgar de quince á quince dias, y del mal no tanto; comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas á el Señor. Mas como no habia perdido el camino, aunque poco á poco, cayendo y levantando iba por él, y el que no deja de andar é ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar

la oracion. Dios nos libre por quien Él es.

Queda de aquí entendido, y nótese mucho, por amor de el Señor, que, aunque un alma llegue á hacerla Dios tan grandes mercedes en la oracion, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera.

Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio despues, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced, en lo que puede; y á personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es ecelente dotrina esta, y no mia, sino enseñada de Dios, y así querria, que personas ynorantes, como yo, la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir á combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aún no tiene fuerzas para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que

diré despues. Este es el engaño con que coge el demonio, que, como se ve un alma tan llegada á Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, de este amor nace confianza y siguridad de no caer de lo que goza. Parécele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deliciosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite; y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí; y, como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo á dar la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discricion, porque no mira que aún no tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, mas aún no está para volar; porque las virtudes aún no están fuertes, ni tiene espiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

Esto fué lo que á mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales.

Bien creo, que alma que llega Dios á este estado, si muy del todo no deja á Su Majestad, que no la dejará de favorecer ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor no la engañen en que deje la oracion, como hacia á mí con humildad falsa, como ya lo he dicho y muchas veces lo querria decir. Fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar á su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan á perdonarnos mas presto, como á gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que Su Majestad dejó perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias: no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amen: y alábenle todas las cosas.

CAPÍTULO XX.

En que trata la diferencia que hay de union á arrobamiento. Declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor por su bondad llega á él; dice los efectos que hace.



UERRIA saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de union á arrobamiento, ú elevamiento ú vuelo que llaman de espíritu, ú arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y tambien se llama éstasi. Es grande la ventaja que hace á la union; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones: porque la union parece principio y medio y fin, y lo es en lo interior; mas así como estos otros fines son en mas alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demas, que, cierto, si Su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos

y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

Consideremos ahora que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer, que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras sigun nuestras fuerzas, coge el Señor el alma, digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levántala toda de ella; y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiéndola á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. Helo oído así esto de que cogen las nubes los vapores, ú el sol. No sé si la comparacion cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar de él el calor natural; vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

Aquí no hay remedio de resistir, que en la union, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza resistirse puede casi siempre. Acá las mas veces ningun remedio hay, sino que muchas,

sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.

Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabeis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho mas que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada.

Algunas podia algo con gran quebrantamiento: como quien pelea contra un jayan fuerte, quedaba despues cansada. Otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuere adonde estábamos

juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábale mucha pena, porque me parecia cosa muy extraordinaria, y que habia de haber luego mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora despues que tengo oficio de Priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras, que era la fiesta de la vocacion, en un sermon, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho á el Señor que no quisiese ya darme mas mercedes que tuviesen muestras exteriores, porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podia Su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca mas hasta ahora la he tenido. Verdad es que há poco.

Es así que me parecia, cuando queria resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho mas ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una

pelea grande; y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder. Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por Su Majestad; y resistiéndose por humildad deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. A los que esto hace son grandes. Lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando Su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo como el alma, ni somos señores de ello, sino que, mal que nos pese, vemos que hay Superior, y que estas mercedes son dadas de Él, y que de nosotros no podemos en nada, nada; y imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio, grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al ménos yo estaba de manera en mí, que podia entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzca los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cobra de

nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho.

Tambien deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque ya que estén, cuanto á el espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mismo cuerpo lo ponga por obra; y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy mas penosa la vida. Despues da una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar.

Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y háse de notar, que estas cosas son ahora muy á la postre, despues de todas las visiones y revelaciones que escribí, y del tiempo que solia tener oracion, adonde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las mas y lo mas ordinario es

esta pena, que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir, porque aunque adelante diré de estos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tiene mas que ver, á mi parecer, que una cosa muy corporal á una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo: entramos parece participan de ella, y no es con el extremo de desamparo que en esta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que, por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querria, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprovecha poco; que su espíritu aunque ella mas haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces legísimo Dios, á veces comunica sus grande-

zas por un modo el mas extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creará ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicacion para consolar, sino para mostrar la razon que tiene de fatigarse de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

Con esta comunicacion crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que, aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pié de la letra me parece se puede entonces decir (y por ventura lo dijo el Real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como á Santo se la daría el Señor á sentir en mas ecesiva manera): *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, quanto mas tales. Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí mesma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

Otras veces parece anda el alma como ne-

cesitadísima, diciendo y preguntando á sí misma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar, que el romance de estos versos, yo no sabia bien el que era, y despues que lo entendia me consolaba de ver que me los habia traído el Señor á la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningun cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como he dicho una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para mas tormento; porque acrecienta el deseo de manera que, á mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que tray consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo á qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser mas sabroso,

ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino á su Dios; mas no ama cosa particular de Él, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginacion; ni, á mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias: como en la union y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.

¡O Jesus! ¡quién pudiera dar á entender bien á vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo mas ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ánsias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas, llegada á estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer; aunque es tan ecesivo, que el sujeto le puede mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, segun dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas, que ya mas lo entienden, y las canillas muy abiertas y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro dia en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien

pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecia el infierno: todo se me olvida con aquella ansia de ver á Dios, y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podria dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver que, aunque se queje de él, nadie le parece le ha de creer.

Tambien la atormenta, que esta pena es tan crecida, que no querria soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga á la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza, que, como nos pone la pena en peligro de muerte, que esto sí cierto hace (yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades y ocasiones, como he dicho, y creo podria decir en este tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y

alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad de el espíritu, ó de lo superior de el alma, que no querria salir de esta pena.

No sé yo si atino á lo que digo, ú si lo sé decir, mas á todo mi parecer pasa así. Mire vuesa merced qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que habia, que era la oracion y soledad (porque allí me consolaba el Señor), es ya lo mas ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere mas que todos los regalos que solía tener. Parécele mas seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor, á mi parecer, porque no participa con el cuerpo sino pena, y el alma es la que padece, y goza solo del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser eso; mas así pasa, que, á mi parecer, no trocaria esa merced que el Señor me hace (que viene de su mano, y, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que despues diré; no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se

deje de tener acuerdo, que es despues de todo lo que va escrito en este libro y en lo que ahora me tiene el Señor, digo, que estos ímpetus es despues de las mercedes que aquí van, que me ha hecho el Señor.

Estando yo á los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante Su Majestad asigura) me dijo que no temiese, y que tuviese en mas esta merced que todas las que me habia hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra y purifica, como el oro en el crisol, para poder mijor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que habia de estar en purgatorio. Bien entendia yo era gran merced, mas quedé con mucha mas siguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y, aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podia creer que era malo, antes el muy soberano Bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es, amén. Parece me he salido de propósito, porque comencé á decir de arrobamientos, y esto que he dicho aún es mas de arrobamiento y ansí deja los efetos que he dicho.

Ahora tornemos á arrobamiento, de lo que en ellos es mas ordinario. Digo que muchas veces me parecia me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba; y algunas era tanto, que casi no entendia poner los pies en el suelo: pues, cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y, aunque no puede hacer nada de sí cuanto á lo exterior, no deja de entender y oír como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido de él: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer. Mas, como dije en la oracion de union pasada, este trasformamiento de el alma de el todo en Dios dura poco: mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra,

al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que, como dije en la oracion pasada, gózase con intrevalos: muchas veces se engolfa el alma ó la engolfa el Señor en sí, por mijor decir, y tiniéndola ansí un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo que es poco rato; mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operacion en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos los menos no la estorben tambien los sentidos; y ansí hace que esten suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, co-

mo ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

Aquí es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que, cuando se tornaren las potencias á juntar, no haya tanto que hacer. Por eso, á quien el Señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así atado el cuerpo muchas horas, y á veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, ú en querer comprender ú entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aún no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aun en este lugar, personas á quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en arrobamiento, si no son letrados; y lastíma lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como yo diré despues. Quizá yo no sé lo que digo: vuesa merced lo entenderá si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado espiriencia de ello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo.

Ansí que, aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear: todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano, que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con mas habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma. Despues que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un dia, ú dos y aun tres, tan absortas las potencias, como embobecida, que no parece anda en sí.

Aquí es la pena de haber de tornar á vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar; ya se le ha caido el pelo malo. Aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa sino que este alcayde de esta fortaleza se sube, ú le suben á la torre mas alta á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo; ya no teme los peligros, antes los desea, como á quien por cierta manera se le da allí siguridad de la vitoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien

está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, sino hacer la de Nuestro Señor, y ansí lo suplica á el Señor. Dale las llaves de su voluntad. Héle aquí el hortolano hecho alcayde; no quiere hacer cosa sino la voluntad del Señor, ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero de esta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta Su Majestad, que de quí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme á su gloria y á su voluntad. Y en hecho de verdad pasa ansí todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efetos y aprovechamiento que queda dicho; y si no son estos, dudaria yo mucho serlos de parte de Dios, antes temeria no sean los rabiamientos que dice San Vicente. Esto entiendo yo y he visto por espiriencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en un hora menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho que cada rabto de estos tray. No hay quien lo crea, si no ha pasado por ello; y ansí no creen á la pobre alma, como la han visto ruin, y

tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco á el Señor, sino en lo mas que ella puede. Piensan es tentacion y disbarate. Si entendiesen no nace de ella, sino de el Señor, á quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarian. Tengo para mí que un alma que allega á este estado, que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, válame Dios, qué claro se ve aquí la declaracion del verso y cómo se entiende tenía razon, y la tendrán todos, de pedir *alas de paloma!* Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oracion, y á quien Dios ya regala! Querria dar voces para dar á entender qué engañados están; y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle

en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar á de quien habia de deprender; en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razon, porque no saben el ímpetu que la mueve, que á veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar á los que quiere bien, y desea ver sueltos de esta cárcel de esta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado. Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traya de creer que era honra lo que el mundo llama honra; ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, tiniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenia en algo los dineros y codicia de ellos, aunque en esto nunca creo, y es ansí verdad, confesé culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas vé que este bien se gana con dejarlo todo.

¿Qué es esto que se compra con estos di-

neros que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? ¿O para qué la queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaria el mundo, qué sin tráfigos! ¡Con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

Ve de los deleites tan gran ceguedad, y cómo con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no solo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya por pequeño que sea, porque el sol está muy claro: y así, por mucho que trabaje un alma en perficionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro, y si da en él, vése que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparacion; antes de estar el alma en este éxtasi, parecele que tray cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus

fuerzas hace lo que puede: mas llegada aquí, le da este sol de justicia, que le hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querria tornar á cerrar. Porque aún no es tan hijo de esta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdase del verso que dice: ¿Quién será justo delante de tí? Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad; como se mira á sí, el barro la atapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor de el huerto la fruta y no ella; y así no se pega nada á las manos. Todo el bien que tiene, va guiado á Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y aunque quiera no puede inorarlo, porque lo ve por vista de ojos; que, mal que le pese, se los hacen cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.

CAPÍTULO XXI.

Prosigue y acaba este postrer grado de oracion; dice lo que siente el alma, que está en él, de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños de él. Tiene buena doctrina.

RUES acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento de esta alma: ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces: cuando pensais teneis una voluntad ganada, sigun lo que os muestra, venís á entender que todo es mentira. No hay ya quien viva en tanto tráfago, en especial si hay algun punto de interese..... Bienaventurada alma que la tray el Señor á entender verdades. ¡Oh, qué estado este para los Reyes! ¡Cómo les valdria mucho mas procurarlo, que no gran señorío! ¡Qué retitud habria el Reino! ¡Qué de males se

escusarian, y habrian escusado! Aquí no se teme perder vida, ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien este para quien está mas obligado á mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los Reyes á quien sigan! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo á los herejes, perderia mil Reinos, y con razon: otro ganar es un Reino, que no se acaba, que con sola una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡O Señor! si me diérades estado para decir á voces esto, no me creyeran, como hacen á muchos que lo saben decir de otra suerte que yo; mas al menos satisficiérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar á entender una sola verdad de estas. No sé despues lo que hiciera, que no hay que fiar en mí: con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto á los que mandan, que me deshacen. De que no puedo mas, tórnome á Vos, Señor mio, á pediros remedio para todo; y bien sabeis Vos que muy de buena gana me desposeeria yo de las mercedes que me habeis hecho, con quedar en estado

que no Os ofendiese, y las daria á los Reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡O Dios mio! Daldes á entender á lo que están obligados; pues los quisistes Vos señalar en la tierra de manera, que aun he oido decir hay señales en el cielo cuando llevais á alguno; que, cierto, cuando pienso esto me hace devocion, que querais Vos, Rey mio, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida, pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes Vos, en su muerte.

Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece, y crea se lo diria mejor en presencia si pudiese, ó pensase me han de creer, porque los encomiendo á Dios mucho, y querria me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio aventurar á ganar mucho; porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos.

Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios: Su Majestad la da

fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante, en que piense le sirve, á que no se abalance, y no hace nada, porque, como digo, ve claro que no es todo nada, sino contentar á Dios. El trabajo es, que no hay que se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, Bien mio, servido venga algun tiempo en que yo pueda pagar algun cornado de lo mucho que os debo. Ordenad Vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras, y han hecho cosas heróicas por amor de Vos; yo no soy para mas de hablar, y así no quereis Vos, Dios mio, ponerme en obras: todo se va en palabras y deseos cuanto he de servir, y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced Vos mi alma, y disponedla primero. Bien de todos los bienes y Jesus mio, y ordenad luego modos como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no querais que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida; aquí está mi honra y voluntad: todo os lo he dado;

vuestra soy; disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada á Vos, subida en esta atayala adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré, que si os apartais, por poco que sea, iré adonde estaba, que era á el infierno.

¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese en cadena y presa: entonces siente mas verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razon que tenia San Pablo de suplicar á Dios le librase de ella; da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena; y lo que mas la fatiga es no hallar muchos que se quejen con ella, y pidan esto, sino lo mas ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidas á nada, ni tuviésemos

puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin Él templaría el miedo de la muerte, con el deseo de gozar de la vida verdadera!

Considero algunas veces cuándo una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verdadero por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este desierto muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los Santos? ¿Qué debía de pasar San Pablo y la Madalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un continuo martirio. Paréceme que quien me da algun alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo de estos deseos: digo, deseos con obras. Digo con obras porque hay algunas personas que á su parecer están desasidas, y así lo publican (y habia ello de ser, pues su estado lo pide, y los muchos años que há que algunas han comenzado camino de perfeccion), mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras, ó los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen

los unos, y el mucho los otros; y es cosa, que quien tiene experiencia, lo ve muy claramente.

Pues dicho ya estos efectos que hacen los arrobamientos que son de espíritu de Dios. Verdad es, que hay mas ó menos: digo menos, porque á los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y tambien va creciendo la perfeccion y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algun tiempo; y mientras mas crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rabto de estos, que quede poco que trabajar á el alma en adquirir perfeccion, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor la da aquí; que no hay diligencia nuestra que á esto llegue, á mi parecer. No digo que con el favor de el Señor, ayudándose muchos años, por los términos que escriben los que han escrito de oracion, principios y medios, no llegarán á la perfeccion y desasimiento mucho con hartos trabajos, mas no

en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinada-mente saca el alma de la tierra, y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya mas merecimientos que avia en la mia, que no lo puedo mas encarcer, porque era casi ninguno. El por qué lo hace Su Majestad, es porque quiere, y, como quiere hácelo; y aunque no haya en ella disposicion, la dispone para recibir el bien que Su Majestad le da. Ansí que no todas veces los da porque se lo han merecido en granjear bien el huerto, aunque es muy cierto á quien esto hace bien y procura desasirse no deja de regalarle, sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es mas ruin, como tengo dicho, y dispónela para todo bien de manera que parece no es ya parte, en cierta manera, para no tornar á vivir en las ofensas de Dios que solia.

Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños. Ríese entre sí algunas veces cuando ve á personas graves de oracion y religion, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta al-

ma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discrecion y autoridad de su estado, para mas aprovechar: sabe ella muy bien que aprovecharian mas en un dia que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Ansí vive vida trabajosa y siempre cruz, mas va en gran crecimiento cuando parece á los que las tratan están muy en la cumbre, desde há poco estan muy mas mijoradas, porque siempre las va favoreciendo mas. Dios es alma suya, es el que la tiene ya á cargo, y ansí le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que nõ le ofenda, y favoreciendo y despertando, para que le sirva.

En llegando mi alma á que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir de ellos, y no me hacía mas estar en las ocasiones, y con gente que me solia distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solia dañar: todo me era medios para conocer mas á Dios y amarle, y ver lo que le debia, y pesarme de lo que habia sido. Bien entendia yo no venia aquello de mí, ni lo habia ganado con mi diligencia,

que aún no habia habido tiempo para ello: Su Majestad me habia dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor á hacer esta merced, de estos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no tornar atrás; ni me parece, como es ansí, hago casi nada de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto me parece, que á alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mismo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente. Aunque sea mas distraida y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará, y serle há modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar á otras: aunque esta fortaleza no viene de sí, de poco á poco en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que

tenga en menos las cosas de esta vida, y conozca mas claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado á los que le sirven. Plega á Su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuerquen y animen los que esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios. Pues tan cumplidamente paga Su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio, y la ganancia que tienen los que le sirven, ¿qué será en la otra?

CAPÍTULO XXII.

En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la mas subida contemplacion la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo. Es muy provechoso este capítulo.

UNA cosa quiero decir, á mi parecer importante, que, si á vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podria ser haberle menester, porque en algunos libros que es-

tán escritos de oracion, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado, porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad, despues de muchos años que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa. No sé yo bien por qué dicen *iluminativa*: entiendo que de los que van aprovechando. Y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginacion corpórea y que se lleguen á contemplar en la Divinidad; porque dicen que, aunque sea la Humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ú impide á la más perfecta contemplacion. Trayn lo que dijo el Señor á los Apóstoles, cuando la venida del Espíritu Santo (digo, cuando subió á los cielos), para este propósito. Paréceme á mí, que si tuvieran la fé como la tuvieron despues que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar ú impedir; y que con-

siderarse en cuadrada manera y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en Él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este Divino cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á Su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vias lleva Dios las almas (como ha llevado la mia, quiero yo ahora decir, en lo demás no me entremeto), y en el peligro en que me ví, por querer conformarme con lo que leia. Bien creo, que quien llegare á tener union y no pase adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes que hace Dios á las almas), que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacia; y si me hubiera estado en ello creo nunca hubiera llegado á lo que ahora, porque, á mi parecer, es engaño. Ya puede ser yo sea engañada, mas diré lo que me acaeció.

Como yo no tenia maestro y leia en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y despues entendí, que si el

Señor no se me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendia, hasta que Su Majestad por experiencia me lo daba á entender, ni sabia lo que hacia), en comenzando á tener algo de oracion sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que, como era siempre tan ruin, via que era atrevimiento. Mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es así, y procuraba estarme recogida con Él; y es oracion sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho: y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no habia quien me hiciese tornar á la Humanidad, sino que en hecho de verdad me parecia me era impedimento. ¡O Señor de mi alma y Bien mio, Jesucristo crucificado! no me acuerdo vez de esta opinion que tuve, que no me da pena; y me parece que hice una gran traicion, aunque con inorancia.

Habia sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya á la postre: digo á la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opi-

nion, y ansí siempre tornaba á mi costumbre de holgarme con este Señor. En especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato ó imágen, ya que no podia traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mio, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí todos los bienes, sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto que era inorancia; y ansí quisisteis Vos, por vuestra bondad, remediarla con darme quien me sacase de este yerro; y despues con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que mas claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese á muchas personas que lo he dicho, y para que lo pudiese ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar mas muchas almas, y llegar á muy gran libertad de espíritu, cuando llegan á tener oracion de union, es por esto.

Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razon, y quizá no digo nada, mas lo que dije helo visto por espi-

riencia, que se hallaba muy mal mi alma hasta que el Señor la dió luz. Porque todos sus gozos eran á sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que despues, para los trabajos y tentaciones. La una es, que va un poco de poca humildad tan solapada y ascondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable, como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias y oraciones y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pié de la Cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mio, que de todas maneras fue perdido en lo que habia de ganar. Pues si todas veces la condicion ú enfermedad, por ser penoso pensar en la Passion, no se sufre, ¿quién nos quita estar con Él despues de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque, cierto no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó.

Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando á los unos, animando á los otros, antes que subiese á los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¡Y que haya sido en la mia apartarme yo de Vos, Señor mio, por mas serviros! Que ya cuando os ofendia no os conocia, ¡mas que, conociéndoos, pensase ganar mas por este camino! ¡Oh qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornárades á él, que en veros cabe mi, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo que, mirándoos á Vos cuál estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Él ayuda y da esfuerzo, nunca falta; es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta he-

mos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

Así que vuesa merced, Señor, no quiera otro camino: aunque esté en la cumbre de contemplacion, por aquí va siguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él le enseñará: mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué mas queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe sí. Miremos á el glorioso San Pablo, que no parece se le caia de la boca siempre Jesus, como quien le tenía bien en el corazon. Yo he mirado con cuidado, despues que esto he entendido, de algunos Santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestras de ello en las llagas; San Antonio de Padua en el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad, Santa Catalina de Sena, otros muchos, que vuesa merced sabrá mijor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe ser, cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas á mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada, porque hasta

esto está claro, se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace á cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querria dar á entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la Sacratísima Humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querria saberme declarar.

Quando Dios quiere suspender todas las potencias, como en los modos de oracion que quedan dichos hemos visto, claro está que, aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya enhorabuena: dichosa tal pérdida, que es para gozar mas de lo que nos parece se pierde, porque entonces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera tan bien gozar, si no fuera perdiéndose á sí, para, como digo, mas ganarse. Mas que nosotros, de maña y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta Sacratísima Humanidad, esto digo que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen, porque parece

no tray arrimo por mucho que le parece anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano, que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero, ya comencé á decir, es un poco de falta de humildad, de querer levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa, y querer ser María antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer dia, no hay que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplacion hace mucho daño.

Tornando á el sigundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo: querernos hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces salga el alma de sí, ó ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se

puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán, que lo uno ni lo otro se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu: venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolacion, solo le dejaron en los trabajos; no le dejemos nosotros, que, para mas subir, Él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

Mucho contenta á Dios ver un alma, que con humildad pone por tercero á su Hijo y le ama tanto que aun queriendo Su Majestad subirle á muy gran contemplacion, como tengo dicho, se conoce por indino, diciendo con San Pedro: «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador.» Esto he probado: de este arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento

de la oracion va fundado en humildad, y que, mientras mas se abaja un alma en la oracion, mas la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba darme Su Majestad á entender cosas para ayudarme á conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo para ayudarse en esta oracion de union, que aunque luego luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto á caer; y hé miedo, que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oracion, que los de la tierra ya están dejados, sino consolacion en los trabajos, por amor de Él que siempre vivió en ellos; y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud y la pena que algunas personas; que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devocion, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procuren y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudie-

ren tener aun un buen pensamiento, como otra vez he dicho, que no se maten: siervos sin provecho somos; ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua, que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán mas que el hortolano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios. Si Su Majestad nos quiere subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no, servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado mas que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí, quien tiene ya dada toda su voluntad á Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí que en el primer grado de la oracion, y mucho más daña: son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce á cantar, no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los

pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí. Esté como quiera, imíte á la Madalena, que de que esté fuerte, Dios la llevará á el desierto.

Ansí que vuesa merced, hasta que halle quien tenga mas espiencia que yo, y lo sepa mijor, estése en esto. Si son personas que comienzan á gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha y gustan mas ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, cómo viene á el descuberto sin estas ayuditas, que, aunque mas hagamos, arrebatá el espíritu, como un gigante tomara una paja, y no basta resistencial! ¡Qué manera para creer que cuando Él quiere, espera que vuele el sapo por sí mesmo! Y aún mas dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es mas su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor en darnos

tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor. Y aunque sea muy á los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazon este amor, sernos há todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénosle Su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que Él nos tuvo, y por su glorioso Hijo, á quien tan á su costa nos le mostró, amen.

Una cosa querria preguntar á vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor á hacer mercedes á un alma tan subidas, como es ponerla en perfeta contemplacion, que de razon habia de quedar perfeta del todo luego (de razon, sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no habia mas de querer consuelos de la tierra), pues por qué en arrobamiento, y en quando está ya el alma mas habituada á recibir mercedes, parece que tray consigo los efetos tan mas subidos, y mientras mas, mas desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada, cómo despues, andando el tiempo, la deja el mismo Señor con perfe-

cion en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé: mas bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando á el principio no dura mas que cerrar y abrir los ojos, y casi no se siente sino en los efetos que deja, ú cuando va mas á la larga esta merced. Y muchas veces paréceme á mí, si es el no se disponer del todo luego el alma hasta que el Señor poco á poco la cria, y la hace determinar y da fuerzas de varon, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Madalena, con brevedad. Hácelo en otras personas, conforme á lo que ellas hacen en dejar á Su Majestad hacer; no acabamos de creer, que aun en esta vida da ciento por uno.

Tambien pensaba yo esta comparacion, que puesto que sea todo uno lo que se da á los que mas adelante van, que en el principio es como un manjar que comen de él muchas personas, y las que comen poquito, quédales solo buen sabor por un rato; las que mas, ayuda á sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer y tan cumplido de este manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien, sino él, porque ve el provecho

que le hace, y tiene ya tan hecho el gusto á esta suavidad, que querria mas no vivir, que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó. Tambien una compañía santa no hace su conversacion tanto provecho de un dia, como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios. Y en fin, todo está en lo que Su Majestad quiere, y á quien quiere darlo; mas mucho va en determinarse, quien ya comienza á recibir esta merced, en desasirse de todo y tenerla en lo que es razon.

Tambien me parece que anda Su Majestad á probar quién le quiere, sino uno sino otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, para avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: «Mirá que esto es una gota del mar grandísimo de bienes,» por no dejar nada por hacer con los que ama, y como ve que le reciben, así da, y se da. Quiere á quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡O Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar á entender que dais á los que se fian de Vos, y que pierden los que llegan á este es-

tado, y se quedan consigo mismos! No que-rais Vos esto, Señor; pues mas que esto haceis Vos, que os venís á una posada tan ruin como la mia. Bendito seais por siempre jamás. Torno á suplicar á vuesa merced, que estas cosas que he escrito de oracion, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben mas de un camino, ó se han quedado en el medio, no podrán así atinar. Y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que ansí podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan que, como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar desaprovecharán, como he dicho. Ansí que en todo es menester espiriencia y discrecion. El Señor nos la dé por su bondad.

CAPÍTULO XXIII.

En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de mas perfeccion, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oracion, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

QUIERO ahora tornar á donde dejé de mi vida, que me he detenido, creo mas de lo que me habia de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de quí adelante, digo otra vida nueva: la de hasta aquí era mia, la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oracion; es que vivia Dios en mí, á lo que me parecia, porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones, y á darme mas á la oracion, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que

yo las quisiese recibir. Comenzó Su Majestad á darme muy de ordinario oracion de quietud, y muchas veces de union, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habian acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que las habia hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentia, y muchas veces sin poderlo escusar; puesto que via en mí por otra parte una grandísima siguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oracion, y via que quedaba de allí muy mijorada, y con mas fortaleza. Mas en distrayéndome un poco tornaba á temer y á pensar si queria el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oracion mental, y que no pudiese pensar en la Pasion, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecia á mí mayor pérdida, como no lo entendia. Mas como Su Majestad queria ya darme luz para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenia noticia de algunos, porque habian venido aquí

los de la Compañía de Jesus, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de solo saber el modo que llevaban de vida y oracion; mas no me hallaba dina de hablarles ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacia mas temer, porque para tratar con ellos y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

En esto anduve algun tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oracion que yo tenia, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que via en mi fortaleza, me hacia estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podia acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no habia término para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como cuando dejé la oracion, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya

tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo ví iba tan adelante mi temor porque crecia la oracion, parecióme que en esto habria algun gran bien, ó grandísimo mal: porque bien entendia ya era cosa sobrenatural lo que tenia, porque algunas veces no lo podia resistir: tenerlo cuando yo queria era escusado. Pensé en mí que no tenia remedio si no procuraba tener limpia conciencia, y apartarme de toda ocasion, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia: si era demonio, procurando yo tener contento á el Señor y no ofenderle, poco daño me podia hacer, antes él quedaria con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos dias, ví que no tenia fuerza mi alma para salir con tanta perfeccion á solas, por algunas afeciones que tenia á cosas que, aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo. Dijéronme de un clérigo letrado que ha-

bia en este lugar, que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida: yo procuré por medio de un caballero santo, que hay en este lugar. Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oracion y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfeccion, y con mucha razon; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversacion no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser reta y santa, que da contento grande á los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos. Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber, á lo que creo, poco ménos de cuarenta años que tiene oracion (no sé si son dos ú tres menos), y lleva toda la vida de perfeccion, que á lo que parece sufre su estado: porque tiene una mujer tan gran sier-

va de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabia habia de ser tan grande siervo suyo, la escogió.

Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y tambien con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mia, tenia mucha comunicacion. Por esta via procuré viniese á hablarme este clérigo, que digo, tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme, y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusion de verme presente de hombre tan santo, díle parte mi alma y oracion, que confesarme no quiso: dijo que era muy ocupado, y era ansí. Comenzó con determinacion santa á llevarme como á fuerte (que de razon habia de estar sigun la oracion vió que tenia) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo, como ví su determinacion tan de presto en cosillas que, como digo, yo no tenia fortaleza para salir luego con tanta perfeccion, afligíme, y como ví que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez habia de acabar con ella, yo via que habia menester mucho mas cuidado. En fin,

entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me habia de remediar, porque eran para alma mas perfeta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificacion. Y cierto, si no hubiera de tratar mas de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque de la aflicion que me daba, de ver cómo yo no hacia, ni me parece podia, lo que él me decia, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar á llegar almas á Dios, cómo no fue servido entendiese la mia, ni se quisiese encargar de ella, y veo fue todo para mayor bien mio, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesus.

De esta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar con persona tan ruin como yo. Comenzóme á visitar y á animarme, y decirme que no pensase que en un dia me habia de apartar de todo, que poco á poco lo haria Dios; que en cosas bien livianas

habia él estado algunos años, que no las habia podido acabar consigo. ¡O humildad, qué grandes bienes haces adonde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razon le puedo poner este nombre) flaquezas, que á él le parecia que lo eran con su humildad, para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfeccion, y conforme á el mio era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, y importan tanto para comenzar á aprovechar un alma, y sacarla á volar, que aún no tiene plumas, como dicen, que no lo creerá nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced ha de aprovechar muchas, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discrecion poco á poco dando maneras para vencer el demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no habia para mí mayor descanso que el dia que le via, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan

ruin no me via. Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serian pecados, aunque despues que la traté mas enmendada estaba), y como le dije las mercedes que Dios me hacia, para que me diese luz, díjome que no venia lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas: que no podia dejar de temer mucho, porque le parecia mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendia de mi oracion, y se lo dijese. Y era el trabajo que yo no sabia poco ni mucho decir lo que era mi oracion; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir ha poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traia, fue grande mi aflicion y lágrimas; porque cierto yo deseaba contentar á Dios, y no me podia persuadir á que fuese demonio, mas temia por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabia decir la oracion que tenia, hallé en uno que se llama *Subida del monte*, en lo que toca á union del alma con Dios, todas las señales que yo tenia en aquel no pensar

nada; que esto era lo que yo mas decia, que no podia pensar nada cuando tenia aquella oracion. Señalé con unas rayas la parte que eran, y díle el libro, para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que habia de hacer, y que si les pareciese dejaria la oracion del todo, que para qué me habia yo de meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años casi casi que habia que la tenia, no habia salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener: aunque tambien esto se me hacia recio, porque ya yo habia probado cuál estaba mi alma sin oracion. Así que todo lo via trabajoso, como el que está metido en un rio, que á cualquiera parte que vaya de él, teme mas peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande este, y de estos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podria venir á mucho mal, diciéndoles